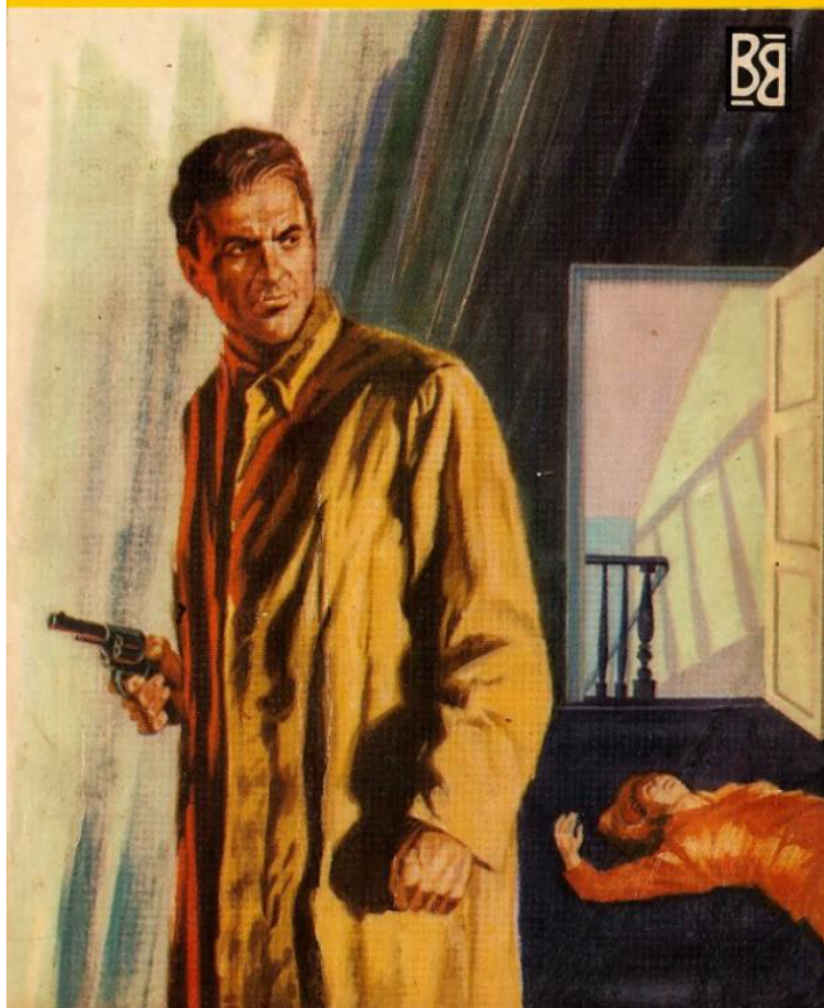


PUNTO
ROJO

Las Vegas, peligro de muerte

Frank McFair

B&B



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



DIAMOND
HACKETT

ZACH ASHTON



FRANK McFAIR

LAS VEGAS, PELIGRO DE MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 257
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 2134 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: marzo, 1967

© FRANK McFAIR - 1967

sobre la parte literaria

© GILABERT - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

CAPÍTULO PRIMERO

Afortunadamente, la agotadora jornada de trabajo tocaba a su fin. Media hora más tarde, y podría marcharse a su casa. Media hora tan solo, pero esa última media hora... ¡qué larga se le hacía!

Levantó el cansado pie derecho y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el izquierdo. Dos minutos después volvería a hacer lo contrario, pero ni aun así lograba encontrar un poco de descanso.

En fin...

Y esa noche, ni siquiera las propinas habían valido la pena. Seguramente no llegarían a los diez dólares. Se preguntaba qué les habría ocurrido a los clientes ricos. ¿Se habrían marchado de Las Vegas?

Diez dólares. Justo casi lo que cobraban por su pequeña habitación. Se preguntó, un poco irónicamente si los hombres empezarían a encontrarla fea y por eso las propinas habían bajado de volumen. Si eso fuera, ya podría ir pensando en encontrar otro empleo.

Porque los dueños del «Mogambo», uno de los clubs nocturnos que proliferan en la ciudad del juego, no admitían en su guardarropa más que chicas con un marcado «*sex-appeal*». Como el suyo, por ejemplo.

Pero ¿de qué le había servido hasta ahora? Diamond llegó a Las Vegas, pensando en encontrar trabajo en las atracciones de los clubs, pero pronto se desengañó. Aquellas atracciones tenían cada una su propia compañía y era más difícil entrar en ellas que pasar por el ojo de una aguja. A no ser, claro, que estuviera dispuesta a hacer ciertas concesiones a los propietarios, cosa a la que ella se había resistido hasta ahora.

En fin, media hora...

El «Mogambo» no se había llenado aquella noche. Bueno, los viernes ocurría siempre lo mismo. En cambio, el sábado... Ese día

no podía ni sentirse cansada, ya que el trabajo era constante.

Miró a su compañera. Ésta leía una revista, semioculta por varios ligeros gabanes de mujeres. Aquello estaba absolutamente prohibido, pero, al parecer, a Lydia le tenía completamente sin cuidado. Un buen día el gerente la iba a encontrar leyendo la revista y ese día...

Se lo dijo. Lydia se encogió de hombros y siguió leyendo.

Entonces vio al hombre. Cosa extraña, para ella, que casi lo único en que solía fijarse era en las manos que le entregaban las prendas, las recogían o le daban las propinas. Pero a éste lo recordaba. Había habido algo en la forma como le alargó el sombrero cuando entró, y en la manera en cómo le sonrió, que le hizo recordarlo inmediatamente.

Y no era guapo. Diamond estaba harta de hombres guapos y que lo sabían. No, éste no lo era. Más bien feo, de facciones toscas, pero atrayentes.

Alargó la mano para recoger un sombrero castaño.

—Gracias —dijo él, sonriendo. Pero la sonrisa no había llegado hasta sus ojos. Diamond pensó que aquel hombre tenía algún problema. Pero sus manos estaban firmes cuando recogió el sombrero y le entregó una moneda de cincuenta centavos.

Luego se alejó. Era alto, ancho de hombros, y su traje bien cortado, aunque no tan nuevo como los de los pisaverdes que frecuentan el «Mogambo», muchos de los cuales, vestían de etiqueta.

Luego dejó de pensar en él, hasta que volvió a verlo, cinco minutos después.

—He cambiado de opinión —dijo—. Me quedo un rato más. Tome.

No dijo «preciosa», o «dulzura», o «encanto», como otros muchos, al tiempo que le miraban las piernas, enfundadas en mallas negras. Dijo sencillamente: «Tome».

Ella le dio la ficha y lo vio atravesar las cortinas que llevaban a la sala de espectáculo. Bueno, ya sólo faltaban veinte minutos. El hombre debería haber pensado que otra copa no le vendría mal, pero evidentemente no parecía borracho, ni mucho menos.

—Lydia, apúrate, falta poco.

—Ya.

Y entonces de nuevo, vio al hombre. Diamond, con un suspiro, alargó la mano para recoger el sombrero y dárselo, pero no llegó a terminar el movimiento.

El hombre ni siquiera se detuvo ante el mostrador del guardarropa. Caminó con paso firme hasta la salida y se perdió de vista.

—Ese tipo se ha dejado el sombrero... —comenzó Diamond. Pero se detuvo. Dos mujeres y dos hombres le alargaban las fichas para pedirle sus prendas.

Las entregó. Después de éstos, dos hombres solos, pero que no habían dejado prenda alguna en el guardarropa. Luego, más clientes...

Olvidó al hombre y el sombrero castaño hasta que vio que ya no quedaban más prendas.

Y el jefe de los servicios apareció ante ellas.

—Se acabó —dijo—. Vamos, chicas, es la hora de dejar este antro.

Las dos muchachas se dirigieron a los lavabos para vestirse. Diamond se quitó las malditas mallas de seda negra que enfundaban sus magníficas piernas, y las tiró contra la pared, con un suspiro de rabia. Un momento después, estaba vestida.

—¿Vienes? —preguntó a Lydia.

Ésta movió la cabeza negativamente.

—Voy a esperar a Jimmie.

Jimmie era uno de los camareros. Los dos salían juntos muchas noches después del trabajo. Diamond asintió y se encaminó a la salida.

Para llegar a la calle tenía que pasar ante el guardarropa. Echó una ojeada distraída, como solía hacer todas las noches, y vio el sombrero, en un rincón del guardarropa. Su color castaño lo hacía casi invisible a la escasa luz.

Penetró en el guardarropa. Quizá su dueño lo recordase a última hora y, en todo caso, debía guardarlo para el día siguiente, por si lo reclamaban. Muchas veces ocurría con algunas prendas. En cierta ocasión fue el abrigo de visón plateado de una mujer, que a la mañana siguiente apareció allí con los ojos desorbitados, preguntando por él. Era alquilado.

Cogió la prenda y se dispuso a guardarla, cuando algo le llamó

la atención.

Algo blanco que sobresalía ligeramente de la badana del interior. Lo tomó con la punta de los dedos. Una cartulina. Le dio la vuelta entre el índice y el pulgar... Nada. En blanco.

Bueno, un capricho.

Iba a dejarlo donde lo había encontrado, cuando vio a Lydia y a Jimmie que salían.

—¿Vienes a tomar una copa? —preguntó el camarero.

—Ni pensarlo. Estoy hasta las narices de sitios cerrados.

—Sólo una.

—Bueno, en todo caso... una solo.

Salíó y se reunió con ellos. Ya en la puerta se dio cuenta de lo que tenía entre los dedos.

—Un momento... —dijo.

Pero los otros dos salían ya. Bueno, al fin y al cabo, una tarjeta, un diminuto trozo de cartulina no tenía ninguna importancia. Casi inconscientemente lo guardó en el bolso.

Salieron.

El aullido de una sirena los sorprendió en la acera. Las innumerables luces multicolores fluorescentes de la capital del juego se extendían ante ellos en una maravillosa panorámica. Algunas se iban apagando, pero la mayor parte de ellas continuarían hasta que las relevase la luz del día. No se cerraban ni de día ni de noche los establecimientos que anunciaban.

El ulular de la sirena se acercaba. Los coches se apartaban rápidamente para dejarle paso. Un automóvil negro, con el escudo de la policía en las portezuelas y la luz roja girando sobre el techo, se aproximaba velozmente. Detrás seguía una ambulancia, también lanzada a toda velocidad.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó Jimmie—. Mirad, allí.

Las Vegas es una ciudad que duerme poco y desde luego, no a las horas que las otras ciudades lo hacen. Un numeroso grupo de personas se había reunido en la manzana siguiente, bajo las luces del «Póker Club».

—¿Vamos? —inquirió Jimmy.

—Déjalo —dijo Lydia—. Vamos a tomar las copas. Alguna riña.

Caminaron en dirección opuesta. Pasado un momento, vieron que la ambulancia volvía, pero no el coche de la policía. Un hombre

que caminaba en su misma dirección, los alcanzó. Era un conocido de Jimmy.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó éste.

—Han matado a un tipo. Unos individuos lo balearon.

—Bueno, ¿y esas copas? —refunfuñó Lydia—. ¿Es que nos vamos a pasar la noche andando? Tengo los pies hechos cisco.

—Conforme, vamos.

Tomaron las copas en un bar en el que se solían reunir los empleados de los *cabarets*, y luego cada uno de ellos se fue a su casa.

Diamond entró en su pequeño departamento, que tan caro le costaba, y tiró los zapatos a un rincón. Se puso una bata y se preparó un bocadillo y un vaso de leche. Y así, noche tras noche, ella que había soñado con espléndidas cenas en los mejores lugares, en buenos vestidos, en abrigos de piel... el sueño de todas las muchachas, en suma. Y en cambio, sólo tenía esto.

Sintió ganas de llorar, pero se las aguantó. Al fin y al cabo, si de llorar se tratase, todas las noches echaría una buena llantina. Pese a sus veintidós años se sentía vieja y abandonada.

Miró el reloj. Las cuatro y media de la mañana. Se acostaría, dormiría un rato y por la mañana se dedicaría a recorrer lugares de posibles trabajos. Estaba harta de las propinas, no tan succulentas como hubiera querido, del «Mogambo» y del *maître, que la perseguía con gran constancia y no para casarse con ella, desde luego*.

Se levantó a las once, se vistió, se arregló lo mejor posible y echó una mirada a sus ahorros. Setecientos dólares. Cuando tuviera mil, emprendería el vuelo. El Este. Nueva York, quizá... el Broadway... Ella había hecho estudios de arte dramático en Omaha. De algo tendrían que servirle.

En el momento en que llegaba a la calle, un hombre se adelantó por la acera, hasta colocarse frente a ella.

—¿Diamond Hackett?

—Sí. Yo soy.

—¿Quiere usted venir conmigo?

—Desde luego que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

El hombre lanzó una mirada calculadora a su alrededor. Luego sacó algo del bolsillo y se lo enseñó. Una placa.

—Policía. ¿Quiere acompañarme, por favor?

—¿A dónde?

—Deseamos hacerle unas preguntas.

—Pero... Bueno, si es así...

Había un coche parado junto al cordón de la acera.

El cielo, limpio y azul de Las Vegas, lo inundaba todo de luz.

Al volante del coche había un hombre. Tan pronto entraron, arrancó.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de algo que ocurrió esta madrugada. Usted está empleada en el «Mogambo», ¿verdad?

—Sí.

—¿En el guardarropa?

—Sí. Pero... ¿qué ha ocurrido?

—Anoche mataron a un hombre.

—Esto... lo oí cuando salíamos de trabajar. Pero... ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Quizá nada. Ese hombre estuvo en el «Mogambo».

—¿Qué estuvo...? ¿Quiere decir empleado...?

—No. Anoche ese hombre estuvo en el «Mogambo». Tal vez usted lo recuerde.

—Pasan muchos hombres por allí. No podría recordarlos todos, ni mucho menos.

—Un tipo alto, de mandíbula cuadrada. Pelo rojizo.

Diamond frunció las cejas.

—¿Llevaba un traje castaño?

—Sí, el mismo.

Diamond miró a su interlocutor. Cara de rasgos finos, lentes de concha, y bien vestido. No tenía el aspecto que uno piensa comúnmente que deben tener los policías.

—Así que lo recuerda bien.

—Pues sí. Dejó su sombrero en el «Mogambo».

—¿Quiere decir que lo dejó en el guardarropa?

—Quiero decir que se lo dejó. Claro que quizá no estemos hablando del mismo individuo.

—Oh, creo que sí. Vamos al «Mogambo».

—Pero ahora está cerrado.

—Bueno, alguien habrá allí, ¿no?

—Pues... sí, supongo, las mujeres de la limpieza, y... bueno, sí, alguien habrá.

—Espléndido.

Enfocaron la avenida de Santa Fe, y un momento después el coche se detuvo ante el club nocturno.

Los dos hombres se apearon junto a ella y, flanqueándola, llegaron a la entrada de los empleados. Ésta estaba situada a la izquierda del acceso principal. Uno de los hombres tocó el timbre y una de las negras que hacían la limpieza acudió a abrir.

—Policía, chica —dijo el hombre de los lentes. Casi antes de terminar de hablar, había pasado. Su compañero lanzó una mirada circular y entró inmediatamente después.

Diamond los llevó directamente al guardarropa. Penetró en él y sacó el sombrero de debajo del mostrador.

—Éste es —dijo—. Pero... ¿están ustedes seguros de que se trata del sombrero de ese hombre?

—Sí, desde luego. Lo es.

Había cogido la prenda. Se la puso debajo del brazo.

—Vamos.

—Espere un momento. Necesito un recibo de la prenda.

—Ya se lo daremos más tarde, *miss* Hackett.

Se dirigieron a la salida y Diamond los siguió. En ese momento, el encargado de los servicios apareció, proveniente de la oficina.

—Hey, Diamond, ¿qué diablos haces aquí a estas horas? ¿Jornada extraordinaria? No las pagamos, ya lo sabes.

—No, no es eso. Se trata de que...

Los dos hombres habían salido ya. Diamond frunció las cejas. La partida había sido muy precipitada.

—¿Qué querían esos tipos?

—Policías, míster Lymell. Querían el sombrero de un cliente.

—¿Y se lo has dado?

—¿No lo hubiera hecho usted también?

—No lo sé. Pero si ese cliente vuelve y reclama la prenda... Además, ¿por qué lo querían?

—No creo que reclame nada. Me han dicho que era el hombre al que mataron anoche ante el «Póker Club».

—¿Sí? Bueno, en ese caso...

Cuando Diamond llegó a la calle, el automóvil había

desaparecido. Cada vez le resultaba más extraño. Bueno, en todo caso, no era asunto suyo. Su asunto era...

Vio el automóvil de la policía que llegaba lamiendo el cordón de la acera.

Dos agentes uniformados se bajaron rápidamente y se dirigieron al «Mogambo». Como la puerta estaba aún abierta, penetraron en el local.

Diamond, que se preparaba para seguir su camino, se detuvo.
¿Más policías?

Volvió lentamente sobre sus pasos. Uno de los agentes salía con tanta precipitación que casi tropezó con ella.

—Ella es —dijo alguien detrás de los anchos hombros del policía.

—¿Sí? ¿Es usted Diamond Hackett?

—Yo soy.

—Pase.

Entró. Aquello parecía una especie de comedia de enredo.

—¿Usted atiende al guardarropa?

—Con otra chica, sí.

—Vamos a ver. Venga.

La llevó hacia dentro, cogida del brazo.

—¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Quiero hacerle unas preguntas, nena.

—No me gusta que me llamen nena.

—Bueno, *miss* Hackett, si así lo quiere. Queremos saber algo sobre un individuo que anoche estuvo en el «Mogambo».

—Ya he hablado con los detectives. Y ahora el mismo tema. Si van a estar toda la mañana dándole vueltas al asunto...

—¿Qué detectives?

—Johnny, aquí no hay nada —dijo el policía, que andaba hurgando en el guardarropa.

—¿Qué buscan? —preguntó Diamond.

—Usted conteste a nuestras preguntas. ¿Qué detectives han sido éstos? ¿De la Jefatura?

—No lo sé. Vinimos aquí y se lo di.

—¿Les dio qué?

—Pues el sombrero.

Los dos policías la miraban como un bicho raro.

—Oiga, vamos a ver si nos organizamos un poco. ¿Usted ha venido aquí con dos policías?

—Claro que sí. Míster Lymell puede decírsela.

—¿Quién es Lymell?

—Yo —dijo el jefe de servicios.

—¿Vinieron dos policías?

—Pero, hombre de Dios, ¿no se lo estoy diciendo?

—Sí, lo está diciendo, pero no lo entiendo. Bien, esto vamos a arreglarlo enseguida. Venga con nosotros.

—¿A dónde?

—A la comisaría.

—Pero ¿por qué habría de hacerlo...?

—Porque nosotros se lo pedimos muy educadamente. Todo lo educadamente que quiera, pero... va a venir ahora mismo.

—Muchacha, ¿te has metido en un lío? —preguntó míster Lymell.

—Yo no, míster Lymell. Me han metido, que no es lo mismo. Quíteme las manos de encima, sargento, porque no voy a escaparme...

Un momento después estaban en el coche y éste rodaba por Santa Fe hacia la comisaría.

Los dos policías no hablaron durante el corto trayecto.

CAPÍTULO II

En la comisaría, un capitán, con un uniforme casi de opereta, los recibió.

—Aquí está la chica —dijo el sargento—. Ella es la encargada del guardarropa.

—Una de las encargadas —rectificó Diamond.

—Bueno, una de ellas. Estamos buscando a la otra.

—No hace falta, capitán. Ella sabe algo —dijo el sargento.

—¿Sabe algo? ¿Y qué sabe usted?

El sargento se lo dijo en pocas palabras. El capitán frunció el ceño y cogió el teléfono.

—Con míster Ashton.

Esperó un momento.

—¿Ashton? Tenemos aquí a una de las chicas. Y parece que... Pero no quiero decirlo por teléfono. Si quiere usted acercarse aquí... De acuerdo, lo espero.

Se volvió hacia la joven.

—Siéntese.

—Capitán...

—¿Sí?

—¿Qué es lo que ocurre? Aquellos individuos me enseñaron una placa.

—Espere un poco.

Volvió a llamar.

—Aquí Ashton. ¿Enviaron ustedes a alguien a...? —Se volvió hacia la joven—. ¿Cuál es su dirección, muchacha?

—West, 557.

—¿Enviaron ustedes a alguien a West, 557?

Escuchó. Luego, colgó.

—No enviaron a nadie. Vamos a ver, chica, descríbame a esos hombres.

—Pues, en primer lugar, no me llamo «chica». Mi nombre es *miss* Hackett para usted.

—Está bien, no nos andemos con distinguos ahora. Creo que se ha metido usted en un buen lío.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, bueno, dejémonos de chismes. Descríbame a esos hombres.

Diamond lo hizo.

—Hum... puede y puede no ser, pero de la jefatura no han enviado a nadie a su casa, muchacha.

—¿Qué no han enviado a nadie? Entonces, ¿esos hombres...?

Se estremeció. Comenzaba a comprender ciertas cosas.

—¿Policías falsos?

—No lo sabemos, pero muy bien pudiera ser. Aunque puede que fuesen hombres de Ashton.

El capitán cogió un paquete de cigarrillos y lo ofreció a Diamond.

Ella cogió uno y el capitán se lo encendió.

—Así que les dio el sombrero. ¿No es eso muy irregular?

—¿Lo hubiera usted encontrado irregular si hubieran sido sus hombres los que me lo pidieran, capitán?

—Tocado —rió el oficial—. Pero de todas maneras me parece que usted ha obrado un poco a la ligera. Debió asegurarse antes.

Diamond no contestó. En ese momento un hombre atravesó el umbral.

La muchacha se volvió. El recién llegado era alto y llevaba un traje de color gris oscuro. Sus facciones eran enérgicas. Tenía los ojos azules.

Estrechó la mano del capitán.

—Míster Ashton, ¿envió usted algún hombre a West, 557?

—No, desde luego. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que alguien se presentó en el domicilio de *miss* Hackett diciéndole que era policía. No pertenece a la jefatura, ni es uno de mis hombres.

Ashton se volvió hacia Diamond.

—Perdone, *miss* Hackett. Usted es la encargada del guardarropa del «Mogambo Club», ¿no?

—Sí, señor. Pero no soy la encargada. Somos dos chicas las que

cuidamos de él.

—Capitán, ¿ha encontrado a la otra?

—No estaba en su casa. La estamos buscando.

Se volvió hacia Diamond.

—¿Usted sabe dónde puede encontrarse?

Las actividades de Lydia eran cosa suya, lo mismo que sus asuntos amorosos. Así que Diamond respondió que no.

—Pero, bueno, eso es lo de menos ahora, míster Ashton. El caso es que dos hombres que dijeron eran policías se presentaron en casa de *miss* Hackett y la llevaron al «Mogambo». Ella les dio un sombrero de... bueno, el sombrero de...

Los ojos de Ashton se entrecerraron.

—¿El sombrero? ¿Así que se lo han llevado?

Diamond asintió.

Ashton pensó durante un momento. Luego habló unas palabras en voz baja con el capitán.

—¿Por qué se lo dio? —preguntó volviéndose hacia Diamond.

—Porque me lo pidieron y una hace lo que la policía le pide. Pregúntele al capitán.

—No se insolente, nena —respondió éste. La cosa es grave.

—No me concierne.

—Espere un poco, capitán —pidió Ashton—. *Miss* Hackett...

—Ya era hora de que alguien recordase como me llamo. Ni «nena» ni «chica».

—*Miss* Hackett, ¿para qué querían ese sombrero?

—Pues no querían el sombrero.

—En ese caso...

—Ellos me preguntaron si el hombre había dejado algo en el guardarropa. Yo les dije que sí. Me lo pidieron y se lo di. Pero a mí me mostraron una placa.

—Alguna chapa de botella de coca-cola

—dijo el capitán.

—No lo era —saltó Diamond indignada—. Era una placa y decía «policía».

—¿Así? ¿Sólo «policía»?

—Bueno, algo más, pero no me dio tiempo a leerlo.

—Así que —dijo Ashton—, ellos no sabían lo que buscaban.

—No lo sé. No me preguntaron por el sombrero, entiéndanlo de una vez. Me preguntaron si se habían dejado algo.

—Vamos a ver, *miss* Hackett.

Le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—Aquel hombre, ¿qué hizo?

—¿El dueño del sombrero? Pues... recogió la prenda, y un momento después volvió. Unos cinco minutos después. Me la devolvió, le entregué la ficha de nuevo y entró en el salón. Más tarde le vi salir, pero no me reclamó la prenda. Yo creí... que se había olvidado, pero en ese momento había mucho trabajo.

Hizo una pausa.

—Eso es todo. Al ver la prenda, cuando ya recogía todo, la dejé debajo del mostrador. Salimos y no volví a acordarme hasta esta mañana, cuando esos hombres llegaron a mi casa. Lo demás, ya lo saben.

—Capitán, ¿tiene usted la descripción de esos hombres?

—La nena me las ha dado. No sé quién pueda ser. Pero si le parece comenzaremos a buscarlos.

—Si hubiera usted enviado a alguien al «Mogambo» cuando le dije, esto no hubiera ocurrido.

—Hombre, Ashton... Cuando me enteré, envié dos hombres...

—Tarde ya. Y ahora...

—¿Alguien puede decirme lo qué ocurre? —preguntó Diamond —. ¿Estoy presa o no?

—Claro que no.

—En ese caso...

Se puso en pie.

—¿Puedo marcharme?

—Espere un poco.

—Pero... Santo Dios, ¿a qué?

—No hemos acabado con usted aún. ¿Conocería a esos hombres si le mostrásemos alguna fotografía?

—Creo que, creo que sí. Desde luego, al de los lentes, sí. El otro era... ¿cómo diría yo? Más anodino. Más vulgar.

—Bien, capitán, vamos a jefatura. *Miss* Diamond, usted nos acompañará. Le vamos a enseñar algunas fotografías.

Diamond hizo un gesto.

—¿Es que piensan retenerme toda la mañana?

—El tiempo que haga falta, *miss* Diamond. Lo siento, pero es necesario. Le pido que nos perdone. Es absolutamente necesario.

—Está bien. Pero a las seis de la tarde comienza mi turno de trabajo.

—Estará libre para esa hora. Mucho antes, en realidad. Venga.

En un coche llegaron a la jefatura de policía de Las Vegas. Pasaron a una amplia sala, en la que había ficheros que llegaban hasta el techo.

—Vamos a comenzar. Pero antes... ¿Ha desayunado usted?

—Menos mal que alguien se preocupa de ello —dijo Diamond—. Claro que no he desayunado. Me disponía a hacerlo cuando...

Le trajeron café y tostadas con mermelada y mantequilla. Míster Ashton la observó mientras lo consumía.

—Gracias —dijo ella cuando terminó—. No es que fuera a desmayarme, pero... me ha venido muy bien. Y ahora... ¿qué quieren ustedes que haga?

—Le vamos a mostrar algunas fotografías. En cuanto vea en alguna de ellas a uno de esos hombres, nos lo dice.

—De acuerdo.

Una empleada, vestida de uniforme llegó, con un bloc de notas.

—*Miss* Hackett, haga una descripción lo más completa de ese hombre. Del de los lentes. Porque... era el que daba órdenes, ¿no?

—Desde luego.

—¿Pronunció algún nombre?

—Ninguno.

Pensó un momento.

—No, ninguno. Ni una sola vez.

—¿Tiene usted buena memoria?

—He estudiado arte dramático. Puedo aprenderme un papel en un tiempo récord; pero... nadie se ha preocupado de aprovecharse de esa circunstancia.

—Está bien. Díctele la descripción a la señorita.

Diamond lo hizo. La empleada se alejó. Un momento después volvía con el primer montón de fichas.

Y comenzó una larga tarea para Diamond Hackett. A la una, dejó la última ficha sobre la mesa.

Ashton había desaparecido hacía bastante tiempo. Diamond llamó a la empleada.

—¿Encontró algo?

—Nada. Dígale a míster Ashton...

—Voy a llamarlo.

Hizo una llamada telefónica. Ashton apareció al cabo de pocos minutos.

—¿Nada?

—No lo he encontrado. Lo... siento.

—No es culpa suya. Era una probabilidad. No ha dado resultado.

—¿Puedo... puedo marcharme?

—Sí.

Diamond se puso en pie y estiró el hermoso cuerpo. Ashton la contempló durante unos instantes.

—¿Duro el trabajo?

—Pues... no ha sido tan duro como dar y recibir sombreros, abrigos y bufandas.

—Y a todo esto no ha comido. Permítame que la invite a almorzar.

—Bueno, si usted cree...

—Lo aseguro. Necesita usted una buena comida. Además, quiero hablar con usted.

En «Carolino's» encontraron mesa enseguida. Diamond había comido algunas veces en el restaurante. Si no de los más lujosos, al menos era uno de los que mejor preparaban la *pizza* y la *pasta asciutta*. Diamond comenzó a consumir la comida en cuanto se la sirvieron.

—Me alegra ver a alguien comiendo con tanto apetito, especialmente a una mujer joven —dijo Ashton.

Pero su tono ligero era desmentido por la preocupación que acusaban sus ojos.

—Escuche —dijo Diamond de pronto—. No crea que acostumbre a meterme en lo que no me importa, pero da la casualidad de que este asunto parece que me importa de alguna manera. Por lo menos, que me atañe. ¿Qué es lo que ocurre?

Ashton la miraba con los ojos entornados.

—Me dijo usted antes que había estudiado arte dramático. ¿Qué hace usted en el guardarropa de un *cabaret* de segunda categoría como el «Mogambo»?

—Trabajar, naturalmente. Ganar el dinero necesario para vivir.

—¿No ha encontrado alguna otra cosa mejor?

—Naturalmente que no. De lo contrario el «Mogambo» tendría que pasarse sin mis excelentes servicios.

—Comprendo. La vida es difícil para una chica.

—Y más si quiere ser honrada. No es muy difícil si se está dispuesta a ciertas... concesiones, por llamarlo de alguna manera. Porque, habrá usted podido observar que cualidades para medrar no me faltan.

—Ahora está usted tratando de aparecer como cínica. No le va, créalo.

—Lo siento. Es que algunas veces siento algo muy parecido a la amargura.

—Comprendo —repitió él.

—Pero todo esto no me saca de dudas. ¿Qué es lo que ocurre?

—Miss Hackett, lo siento mucho, pero no puede decírselo.

—Ya. Secreto profesional y todo eso, ¿no? Por cierto que... aún no sé siquiera qué es usted. ¿Policía?

—En cierto modo.

—Eso no es aclarar mucho las cosas, ¿verdad?

—Es lo más que puedo aclarar por el momento.

—Escuche. Da la casualidad de que me han metido de patitas en un asunto, que lo menos que puedo calificarlo es de... siniestro. Ese hombre muerto... ¿Quién era?

Ashton estaba comiendo. Se detuvo.

—Un buen hombre.

—Pero ¿nada más?

—¿Le parece poco? —retrucó él.

—Bueno, veo que no voy a sacar gran cosa de usted. De todas maneras, la comida ha sido buena, Y si usted no manda alguna otra cosa...

—¿Quiere tomar café?

—Gracias.

Lo tomó y luego se puso en pie.

—Si la necesitamos, supongo que podremos encontrarla en su casa.

—O en el «Mogambo». De seis a doce, p.m, o de doce a cuatro, a.m, depende de los turnos.

—Gracias.

Caminó hasta la calle West y subió a su piso. Bueno, el día se había estropeado. No había podido buscar trabajo, y en cambio... Bueno, aburrido no había sido ¿verdad?

Aún era temprano para ir al «Mogambo». Por lo menos, podría dormir un poco para aquella noche no tener que meterse mondadientes entre los párpados a fin de que no se le cerrasen.

El teléfono estaba en el pasillo. Metió un níquel en la caja y marcó el número de Lydia.

Su compañera lo cogió enseguida. Con más suerte, con más habilidad que ella misma, Lydia había conseguido encontrar por un precio bastante módico un departamento con teléfono.

—¿Lydia? ¿Has hablado con la policía?

—Claro que sí. Me enviaron a un sargento muy amable. Jimmie se puso celoso. Querían saber si había visto a un hombre... Pero ¿te han interrogado a ti?

—Sí. Lydia, ¿crees que esto podrá traernos complicaciones?

—A mí no, cariño. A ti, puede. Se trataba de *tu* sombrero, ¿no?

—Sí —suspiró Diamond—. Me han estado estrujando en la comisaría y en la jefatura.

—¿Han... han empleado el tercer grado contigo?

—No, estúpida. Quiero decir que me han tenido mucho tiempo allí dentro. Y no huele muy bien.

—Diamond, querida, ¿vas a ir esta noche?

—Pero ¿cómo diantre voy a dejar de ir? No he acertado ningún pleno en las carreras. Necesito mi empleo.

—Bueno, en ese caso nos veremos allí. Jimmie quiere llevarme al cine.

Diamond colgó. Durmió un rato y luego se marchó al «Mogambo». El jefe de servicios la estaba esperando.

—Diamond, he hablado con el jefe. No le gusta nada todo esto que ha ocurrido.

—¿Y a mí sí tiene que gustarme?

—Es que dice que no quiere líos en el «Mogambo». Que si va a comenzar la policía a meter las narices en el club, ya puedes ir buscándote otro empleo.

Diamond apretó los labios.

—Yo no he tenido ninguna culpa, míster Lymell.

—Lo sé, lo sé, pero... órdenes, son órdenes.

Diamond se vistió su negro traje corto, de faldita, que apenas le llegaba a medio muslo, y coquetonamente almidonada, se enfundó en las mallas y se colocó en su puesto.

Los clientes no comenzaban en realidad a llegar en bloque hasta las atracciones de las ocho. Hasta entonces se componía de bebedores que bajaban al bar a tomarse unas copas. Gente de poca monta y que además casi nunca utilizaba el guardarropas.

Así, pues, el trabajo era escaso.

A las ocho y media comenzaron a llegar. Una de las veces observó que el hombre que le entregaba el sombrero le miraba de una manera que se le antojó extraña. Lo examinó. Era un tipo de estatura mediana, vestido de oscuro.

«Imaginaciones», pensó.

Y siguió entregando fichas a cambio de prendas.

CAPÍTULO III

Fue a las doce y media casi cuando volvió a verlo. El hombre le entregó la ficha, y mientras ella le devolvía el sombrero, se encontró mirando a unos ojos estrechos, parecidos a dos rendijas, y con los párpados débilmente coloreados.

—Gracias, preciosa —dijo el hombre.

Ella no se molestó en contestar. El hombre la miró un poco y luego salió. Diamond se volvió hacia Lydia.

—¿Lo has visto?

—¿A quién?

—Ese tipo que acaba de salir.

—No me he fijado, cariño. ¿Sabes que Jimmie me está resultando excesivamente celoso? Pero que muy celoso, me parece. Por cierto que... ¿qué hay con ese tipo?

—No lo sé, me parece que me ha mirado de una manera muy rara.

Mientras Lydia iba a contestar, Jules, el *maître*, *que se hacía pasar por francés, pero que había nacido en Milwaukee, se acercó a ellas.*

—Miss Hackett —dijo ceremoniosamente—, necesito verla esta noche. Venga a mi despacho.

El despacho del *maître* *era una pequeña habitación en la que apenas cabían los dos juntos.*

—Miss Hackett —comenzó con la misma ceremonia—, el patrón está muy descontento.

—¿Con mi trabajo?

—No, por los acontecimientos de esta mañana. La publicidad, *miss* Hackett, al menos esa clase de publicidad no es conveniente para un lugar como el «Mogambo».

—Bueno, ¿y qué quiere usted que yo le haga? No he podido

evitarlo.

—Lo sé, lo sé, pero... el patrón dice que está muy disgustado. He tenido que emplear toda mi habilidad para impedir que la despidiera.

—Lo cual hubiera sido una injusticia.

—Es posible, *oui*. Pero ¿qué quiere usted? Como digo, he necesitado de toda mi influencia para evitarlo.

—Se lo agradezco, *monsieur* Jules.

—Eso espero.

«Ya volvemos a empezar —pensó rabiosamente Diamond—. Ya volvemos a empezar. Este barrigudo rijoso».

Jules dio un paso hacia ella.

—Espero que usted sepa apreciar mi intervención su favor.

—Naturalmente, *monsieur* Jules. Lo aprecio en lo que vale.

—Por tanto, si le pido que una de estas noches, terminado el trabajo, se quede conmigo a descorchar una botella de Pommery, no opondrá usted las objeciones que hasta ahora... Creo que me explico.

—Estupendamente, *monsieur* Jules.

—Así, pues, ¿conformes?

—No.

—¿Quiere decir que no?

—Eso mismo. No. Lo siento, pero... no.

—¿Se da usted cuenta de lo que puede significar esa negativa para usted?

—Me doy cuenta de ello. *Monsieur* Jules, le suplico que no se enfade, pero... no soy de esas chicas. Las hay a montones que apreciarían ese honor en lo que vale, pero... yo no.

El *maître* respiró hondamente.

—Veo que no he debido influir con el patrón para que usted conservase su puesto. No es usted sino una desagradecida.

—No se trata de eso —insistió ella, pacientemente aún—. Se trata de que mis principios...

—¡Los principios de una chica de guardarropa!

—De una chica que tiene que trabajar en un guardarropa. Lo siento, pero pese a lo que usted opine, hasta esta clase de chicas puede tener principios.

—Hablabamos de esto en otro momento.

—Cuando usted quiera, *monsieur* Jules.

Salió, con la cara ardiendo. Maldito grasiento individuo...

—Me parece que dentro de poco tendrás nueva compañera —le dijo a Lydia.

—¿Es que te despiden?

—Probablemente no me darán tiempo. Me despido.

Le contó lo que había ocurrido.

—Estaba deseando tener un motivo para presionarme. Y ahora, lo más probable es que me lance a la calle de una patada. Y con su influencia, me costará trabajo encontrar otro empleo. ¡Maldito sea!

—¿Yo? —preguntó un cliente que se aproximaba con el sombrero en una mano.

—Oh, lo siento, señor. No iba dirigido a usted.

—Me alegro.

Lydia no podía ofrecerle ningún consuelo. Y las horas fueron transcurriendo.

A las cuatro cerraron. Esta vez no lo hizo con Jimmie y Lydia. Éstos parecían querer dirimir a solas alguna rencilla.

Emprendió el camino hacia su casa. Sólo vio el coche cuando iba a embocar West.

Era un coche negro y se acercaba rodando silenciosamente por la acera. Muchas noches algún noctámbulo la había perseguido de esta manera, lanzándole proposiciones desde el volante.

Lo mejor era ignorarlos.

Pero el coche la había adelantado ligeramente. Bueno, al parecer se iban.

La portezuela se abrió y dos hombres surgieron por ella. Al principio creyó que pasarían por delante, pero pronto salió de su error.

Los dos se dirigían hacia ella.

Apretó el bolso con fuerza. Bueno, los tipos pesados pueden recibir un buen bolsillazo en la nariz.

Pero no tuvo ni la menor oportunidad. Comprendió que no eran como los pesados habituales cuando los dos, sin mediar una sola palabra, se precipitaron sobre ella y la cogieron por los brazos.

Abrió la boca para gritar, y una mano pesada se la tapó. Fue un apretón brutal, que le hizo perder la respiración.

Al mismo tiempo, los dos tipos tiraron de ella hacia el

automóvil, que seguía su marcha lentamente.

Casi antes de que se diera cuenta e intentase resistir, ya estaba con medio cuerpo dentro.

La calle se hallaba casi desierta en ese lugar, aunque unos pocos metros más allá rezumaba de gente, de ruido y de luces.

Intentó agarrarse con las manos al borde de la portezuela, y otro tirón, dado con la misma fuerza, se lo impidió. Un empujón la echó rodando en el interior del vehículo.

Los dos hombres penetraron detrás de ella y el coche arrancó, aumentando la velocidad.

—No grite —dijo una voz, al tiempo que le quitaban la mano de la boca.

Diamond abrió la boca, y algo duro se apretó contra su costado.

—Si grita, se lo clavo.

Una navaja. Una de esas navajas que se abren lanzando un «clic» siniestro. Volvió a cerrar la boca.

—¿Qué... qué quieren?

—Hablar con usted. Si no grita no le sucederá nada.

Las luces de la Avenida de Santa Fe pasaban raudas ante ellos. Se fueron distanciando cada vez más, hasta cesar, casi por completo. Estaban saliendo de la ciudad.

Y Diamond Hackett comenzó a sentir miedo. Un miedo espantoso.

—¿A dónde me llevan? —preguntó.

—Cállese.

Apenas podía ver las caras de los dos hombres, y, desde luego, nada de la del chófer. Todos ellos llevaban sombreros calados hasta los ojos.

—Escuchen...

La navaja se apretó más aún contra su costado.

—He dicho que se calle. ¿Quiere que le haga un par de cortaduras?

No, claro que no lo quería.

Luego, la misma voz habló.

—Le vamos a vendar los ojos. Si se está quieta, no le ocurrirá nada.

Diamond había oído muchas historias acerca de chicas raptadas y violadas en cualquier parte. Pero jamás pensó que algo así le

podría suceder a ella. Precisamente hacía unos días, Lydia le había leído unas estadísticas sacadas de una revista en las que se decía que de cada cien crímenes cometidos en los Estados Unidos veinte por lo menos eran violaciones. ¿Es que iba a engrosar las estadísticas, personalmente?

Se echó a temblar de ira y de miedo, cuando dos manos le pusieron un pañuelo sobre los ojos y apretaron un fuerte nudo en la parte trasera del cuello. Creyó que se iba a desmayar.

Pero lo que hizo fue quedarse quieta, muy quieta.

El coche siguió rodando por un espacio de tiempo que le pareció interminable. Por fin, el ruido de las llantas sobre el asfalto cambió. Oyó el característico chocar de gravilla contra el cárter y el fondo del automóvil. Habían tomado por un camino vecinal.

Por fin se detuvieron.

La portezuela se abrió con un golpe seco.

Dos manos la cogieron por debajo de los brazos y la empujaron hacia fuera.

«Ahora —pensó—, ahora es cuando tienes que luchar con todas tus fuerzas».

Pero un violento empujón la lanzó hacia adelante.

—No se le ocurra resistir. La marcaría la cara con la navaja.

La punta del arma le rozaba la mejilla. Diablos, ella no tenía ganas de que la señalasen para toda la vida. Dando trompicones, comenzó a andar. Sus piernas entraron en contacto con algo doloroso. El borde de un escalón.

Subió. Tres escalones. Madera debajo de sus tacones. Una puerta que se abre y...

—Siéntese. Hay una silla detrás de usted.

Se dejó caer en ella. Había un olor extraño en el aire. Un olor a... ¿desinfectante, tal vez?

Le soltaron las manos y luego alguien le quitó el pañuelo de los ojos.

Parpadeó furiosamente. Una luz estaba enfocada contra su rostro.

Se hallaba en una habitación grande, sumida en sombras, y con el suelo de maderas bastas. Nada más podía ver, porque el foco le cegaba.

Había varios hombres. Podía ver las perneras de sus pantalones.

Y otro, detrás de la luz. Éste fue el que habló primero.

—Chica, vas a contestar a unas cuantas preguntas, ¿verdad?
¿Vas a contestar?

—Pero ¿qué quieren ustedes de mí?

—Que contestes la verdad. ¿Dónde lo has puesto?

—Pero ¿qué? No sé lo que quieren ustedes de mí.

—Mira, muchacha, no tenemos ganas de emplear contigo medios más duros, pero si nos obligas, lo haremos. ¿Qué fue lo que te dijo el hombre?

—Pero ¿qué hombre?

—Ya sabes a quién me refiero. Al hombre del sombrero.

—Pero si no me dijo nada. Sólo me dejó el sombrero.

—¿No te dijo nada?

—No.

—Bueno, refrescadle un poco la memoria.

Dos perneras de pantalón avanzaron hacia ella. Vio un torso, una cabeza cubierta con un sombrero y por fin una mano que le pareció enorme.

Y la mano descendió sobre su rostro con fuerza.

Sintió un violento dolor en la mejilla. La bofetada había sido muy fuerte.

Y una gran indignación atemperada por el miedo. Nunca le habían pegado de aquella manera.

—¿Ves lo que te puede ocurrir, muchacha? Vamos a ver si vas recobrando la memoria poco a poco. El hombre llegó y te dio el sombrero. ¿Qué te dijo entonces?

—No me dijo nada. ¡Nada! ¡No podrán hacerme decir otra cosa, porque no me dijo nada!

—Bueno, vamos a probar otra vez.

Una nueva bofetada. Algo más fuerte que la anterior. Su cabeza penduleó de un lado a otro.

—¿Qué tal? Mira, muchacha, esto me duele tanto como a ti, pero... si no hay más remedio, seguiremos haciéndolo. El hombre te dijo algo. Veamos, algo así como: «Guárdame este sombrero, preciosa, hay en él algo que me interesa que no se pierda». Algo por estilo, ¿verdad que lo hizo?

—¡No! Esperen. Se limitó a darme el sombrero, recoger la ficha y a meterse en el salón.

—¿Nada más? ¿Quieres que nos creamos eso?

—Pero ¡sí es la verdad! ¡No me dijo nada de eso!

—Bueno, veamos de otra manera. Puede que las bofetadas no sean demasiado eficaces. Pero quizá si con la punta de la navaja te rasgáramos la linda cara... Un buen rasguño que te llegase desde el ojo hasta la boca y que necesitase por lo menos cinco o seis puntos de sutura... O diez. ¿Qué te parecería? ¿No te refrescaría eso un poco la memoria?

—¡Le digo que no me dijo nada! ¿Es que quiere que lo jure? ¡Estoy dispuesta a hacerlo!

—¿Jurar? ¿De qué nos serviría que jurases? Lo que necesitamos es la verdad.

—¡Pues se la estoy diciendo! ¡Aparte eso de mí!

La hoja de la navaja se estaba aproximando a su cara.

—Un poco más.

Ya estaba allí, casi junto al ojo. Un violento terror, un terror irrefrenable, la invadió. Lo iban a hacer. Le iban a rasgar la cara. ¡Lo iban a hacer!

Y ella no podía impedirlo, porque nada le había dicho el hombre. ¿De qué habían hablado? *No, he pensado quedarme un poco más.* Sí, eso había sido, pero ¿por qué?

—¡Espere!

—Ah, la memoria se va abriendo paso, ¿verdad? Espera un momento. La chica ya va recordando.

—¡Pero no me dijo nada! Lo que hizo fue marcharse y luego volver.

—¿Marcharse? ¿A dónde?

—No lo sé. A los lavabos tal vez. Y luego volvió.

—Volvió. Bien, ¿y entonces?

—Volvió a darme el sombrero y entró de nuevo. Luego se marchó definitivamente. Eso fue todo.

—¿No te habló acerca del sombrero?

—No.

—¿Nada en absoluto? Piénsalo bien. Ya sabes lo que ocurre cuando a una chica guapa le rasgan la cara. Luego queda muy desfigurada. Mucho.

—¡Lo sé, pero no podría añadir más!

—Y... ¿qué hiciste con el sombrero?

—Lo dejé en el interior del mostrador, por si venía a reclamarlo al día siguiente. Algunas veces ocurre.

—¿Él se marchó sin pedirlo?

—Sí.

—¿Viste tú cuando se marchaba?

—Claro que sí.

—Y no lo llamaste... ¿No resulta eso extraño?

—No, estaba muy ocupada. Estaban saliendo los últimos clientes. No podía correr detrás de él.

—¿No sería mejor que «no querías» correr detrás de él porque te había pedido que le guardases el sombrero?

—¡No! No dijo nada en absoluto.

—Bueno, dale otra vez. Y la próxima, si no contesta... el cuchillo.

Esta vez el oído le quedó silbando dolorosamente. Con suprema angustia comprendió que ya no podía hacer nada por impedir lo que vendría después.

—Otra vez, chica. Él se marchó. ¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Unos... cinco minutos o cosa así. No me fijé bien.

—Y el sombrero que te entregó... ¿era el mismo que te había dado antes?

—Pues... sí. Bueno, parecía el mismo.

Era una tabla de salvación. Ella sabía que el sombrero era el mismo. No podía equivocarse, acostumbrada a coger y tratar prendas. Era el mismo, pero introducía la duda en aquellos bestias...

—Parecía el mismo, pero... podría ser otro. ¿Cómo quieren que lo sepa?

—¿Era el mismo, sí o no?

—No lo sé. Tenía un color semejante, el mismo número... A mí entonces me pareció el mismo.

—Sigamos. Lo dejaste debajo del mostrador. ¿No sería para ocultarlo a las miradas de la gente?

—No, acostumbramos a hacerlo con las prendas que se dejan olvidadas.

—Y... ¿tú dirías que él olvidó la prenda?

—Pues... ¿qué podía pensar? ¿Qué me lo regalaba? No podía pensar otra cosa sino ésa, que lo olvidaba, o que tenía demasiada

prisa.

—¿Parecía él tener mucha prisa?

—No... Bueno, yo en ese momento estaba ocupada, como les acabo de decir. No pensé nada, en realidad. Sólo que se lo olvidaba y yo estaba muy ocupada. Ya volvería por él.

—Y... ¿qué ha sido del sombrero?

—La policía lo cogió esta mañana.

Había estado a punto de añadir: «Unos falsos policías», pero se abstuvo en el último momento. Si creían que había sido la policía, tanto mejor. Porque... ¿quién le aseguraba que estos mismos hombres no eran los que se lo habían llevado? Los policías, los auténticos, le habían dicho que no habían enviado a nadie. Y el comportamiento de aquellos tipos...

—¿Los policías?

—Sí, fueron a mi casa y me llevaron al «Mogambo». Recogieron el sombrero y se lo llevaron.

—¿Los mismo que te llevaron a la jefatura?

—¿Así que lo sabían? La boca se le llenó de una saliva espesa, producto del terror.

—No... eran otros.

—Y... ¿qué te preguntaron en la jefatura de policía? «Cuidado, Diamond, cuidado. Mucho cuidado. Es una trampa, o puede ser una trampa».

—Querían... querían que les hablase del hombre. Que les dijera cómo era.

—Dale.

La voz había perdido su tono amistoso. «Te has equivocado — pensó en el momento en que la mano descendía sobre su rostro—. Te has equivocado. No era eso lo que tenías que haber respondido».

El golpe fue tan fuerte que perdió el conocimiento. El miedo y el dolor se apiadaron de ella.

CAPÍTULO IV

—¿Está ya?

—Sí.

—Le diste demasiado fuerte. No quiero que se desmaye, sino que responda. Otra vez dale con menos fuerza, pero... donde pueda dolerle más.

Diamond abrió los ojos.

—Veamos, muchacha. ¿Qué te preguntaron en la jefatura de policía?

Tenía la lengua estropajosa. Y en la nariz un intolerable olor. Le habían hecho aspirar éter o algo parecido.

—Querían saber lo mismo que ustedes. Qué me había dicho el hombre.

—Eso ya está mejor. Y... ¿qué les dijiste?

—Lo mismo, exactamente lo mismo, porque no puedo decir otra cosa. ¿No lo comprenden? ¡Me voy a volver loca! ¡Estoy diciendo la verdad y nadie me cree! ¡Ellos tampoco!

—¿Tampoco te creyeron?

—Tampoco.

—Así que querían saber lo que te había dicho el hombre. ¿Nada más?

—Nada más.

—Otra cosa. Los hombres que se llevaron el sombrero, los policías, ¿podrías reconocerlos si los vieses de nuevo?

«Trampa, Diamond, trampa».

—Pues... Uno de ellos llevaba lentes. No recuerdo más. Era... como cualquier otro policía.

«Bien, Diamond».

—Bueno, hemos acabado. Llévala.

Dos hombres la cogieron por los sobacos y la arrastraron casi, sin darle tiempo a nada. La llevaron por un corredor y la metieron

en un cuarto en el que brillaba una bombilla de muy pocos watios, sujeta al techo en una jaula de alambre. En el cuarto no había más que un camastro. Nada más. Ni ventanas ni ninguna otra salida más que la puerta. Olía al mismo desinfectante.

Cerraron la puerta y se quedó sola.

Se echó sobre el camastro y dio rienda suelta a las lágrimas.

Durante casi un cuarto de hora estuvo llorando, hasta que el ataque de nervios pasó.

Habían lanzado el bolso detrás de ella cuando la encerraron. Lo cogió y se limpió las señales del llanto. Dios mío, ¿qué es lo que iba a ocurrir ahora? ¿Otra sesión de golpes?

Ignoraba cuánto tiempo había pasado, cuando la puerta se abrió.

Un hombre apareció en ella. Llevaba el sombrero muy echado sobre los ojos, pero no tuvo dificultad en reconocer al tipo que la había traído a la casa.

—Tú, muchacha, toma esto.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que van a hacer conmigo?

El hombre le tendía un paquete grasiento. Ella lo cogió maquinalmente.

—No sé. No es cosa mía. Cómetelo.

El paquete tenía dos emparedados de jamón. Diamond no sentía apetito.

—No importa, cómetelos. Y si quieres agua, dilo.

—Escuche, por favor, ¿qué es lo que quieren de mí?

—Pero... ¿no lo sabes, después de todo cuanto te han preguntado?

—Pero es que no puedo decir otra cosa. Compréndalo, por favor. No puedo decir sino lo que ocurrió, no inventarlo.

—Eso no es cosa mía.

La miraba atentamente.

—¿No te lo comes? Te advierto que no hay otra cosa.

Entonces Diamond mordió el primer bocadillo. Y el hambre volvió a su cuerpo joven y sano. Los devoró en pocos segundos.

—¿Agua?

—Sí, por favor.

El hombre salió, cerró la puerta y volvió con una botella.

—No hay agua. Cerveza.

Bueno, algo era algo. Bebió cerveza, que estaba caliente. Pero no

había donde escoger.

—Gracias —dijo.

—Chica, eres idiota. Si hay algo que decir, más vale que lo hagas. Los compañeros no andan con bromas. ¿No has visto chicas con la cara cortada?

—Yo, este...

—Pues no son nada bonitas después. Y les cuesta trabajo encontrar empleo. Nadie las quiere. Así que... más vale que hables.

—Pero... ¿qué?

—Lo que tengas que decir.

Era aquello como dar vueltas a una noria sin sacar nada. Ellos querían lo que ella no podía darles.

—¿Has acabado?

Ella asintió.

—Bueno, pues tiéndete y duerme un poco.

—Escuche, ¿no puede usted...?

Pero la puerta se había cerrado tras el hombre.

Se tendió en el camastro. En su reloj eran las cinco y media. ¿Nada más ese tiempo había transcurrido? Parecía imposible. Miró el segundero y con dificultad, a causa de la poca luz, vio que se movía. Y el reloj tenía toda su cuerda. No se había parado. Eran las cinco y media.

Luego la luz se apagó y, en medio de la más densa oscuridad, esperó.

Hasta que la naturaleza reclamó sus derechos y se durmió.

Despertó en la oscuridad. Y no podía mirar el reloj.

Estuvo así lo que le pareció bastante tiempo. Luego la puerta se abrió.

—Ven, chica.

Se puso en pie con las piernas envaradas y siguió al hombre. La condujo por un pasillo y luego desembocaron en la misma sala donde la habían interrogado.

La misma luz la ofuscó.

—Mira, muchacha. En vista de que no has querido decirnos lo que nosotros deseamos, vamos a tratarte con menos consideraciones.

¿Para qué protestar? ¿Para qué hablar? Cerró la boca fuertemente. Inútil todo. No habían de creerla.

—Así que o hablas o...

Silencio.

—¿No? Bueno, cogedla. Ya sabéis lo que tenéis que hacer con ella.

La sacaron de la sala. Dos manos le vendaron los ojos. Eso... eso era una especie de luz en la oscuridad. ¿Para qué la venderían los ojos si iban a matarla? Pero no habían hablado de matarla aún. Habían hablado de señalarla para toda la vida. La cara rasgada de arriba abajo...

Bueno, ¿y qué podría hacer?

El aire frío de la noche le dio en el rostro. Una portezuela se abre, y un empujón. Un coche que se puso en marcha.

¿Adónde pensarían llevarla? ¿A alguna parte del desierto que rodea Las Vegas? A algún lugar en que su cadáver apareciese... O si no su cadáver, sí su cuerpo desfigurado...

El coche se detuvo. ¿Cuánto tiempo había pasado? Había dormido mucho, porque al despertar se encontraba muy descansada. ¿Cuánto? ¿Muchas horas? y ahora habían rodado también bastante. Se preparó para lo peor. Para cualquier cosa...

Nadie habló. Se abrió la portezuela y... le dieron un empujón.

Luego, el coche arrancó.

Durante unos instantes permaneció tirada en el suelo, sin atreverse a moverse. Luego, lentamente, se incorporó. Llevó las manos a la cara y se quitó el pañuelo.

Sobre ella brillaban las nítidas estrellas del desierto de Nuevo Méjico.

Estaba en el borde de una carretera, y a lo lejos aullaban los pequeños coyotes de las montañas.

Sola.

Aspiró el aire frío a pleno pulmón. Cuando la cogieron en Las Vegas llevaba solamente un vestido. Y un vestido es poco para las noches del desierto. Casi inmediatamente sintió la mordedura del frío, pero... ¡bendito frío! Porque estaba sola y sana y... libre. Su bolso estaba junto a ella. Lo cogió.

Con sus zapatos de tacón alto echó a andar por la carretera. Durante un rato, el fresco y la marcha la mantuvieron en buena forma. A la luz de las estrellas pudo ver que eran las nueve. Eso quería decir las nueve de la noche siguiente. No, en realidad, del

mismo día.

Dos millas más allá, un tacón se le rompió. No estaban hechos para aquella marcha. Rompió el otro para no cojear y continuó.

¿Dos millas más? Quizá.

Se volvió. Vio las luces de un coche que se acercaba a gran velocidad. Con un sollozo de alivio salió al centro de la carretera y comenzó a agitar los brazos, con el bolso en la mano derecha.

El auto frenó bruscamente, con gran chirrido de frenos.

—Oiga, ¿es que quiere que la lamine?

Un hombre asomaba la cabeza por la ventanilla del baquet.

—Por favor, ¿podría... llevarme?

—¿Adónde?

—Pues... no sé dónde estoy. Pero quiero ir a Las Vegas.

—¿No sabe dónde está?

—No. Yo...

—Oiga, esto me parece muy extraño.

—Bueno, pero... ¿no podría llevarme a Las Vegas?

—Amiguita, no iba usted en la dirección apropiada. Y todo esto me parece muy extraño.

—Lo sé, pero tiene una explicación. Yo...

—He oído casos de atraco en el desierto. Una chica guapa sale al paso de los coches y luego sus compinches...

—¡Estoy sola! Se me han roto los zapatos y quiero ir a Las Vegas. Eso es todo lo que le pido. ¿No puede hacerlo?

—No voy a Las Vegas. Y esta carretera lleva a Albuquerque. Allí voy yo. Si eso le vale...

—Hay un autobús que lleva a Las Vegas desde Albuquerque. Bueno, puede usted llevarme.

—Aún no he dicho que quiera llevarla. No me gusta recoger gente en la carretera. Nunca se sabe a quién lleva uno. He oído casos...

—Por favor, por favor.

—Bueno, suba. Aquí a mi lado.

Subió. A la luz del salpicadero vio que era un hombre de mediana edad, gordito y con aspecto de viajante de comercio.

La miraba de reojo mientras ponía en marcha el coche.

—¿Qué le ha ocurrido? Me refiero a la cara.

—Me... Bueno, mire le diré la verdad. Íbamos de juerga y mis

compañeros se emborracharon. Decidí continuar el viaje sola. Era menos peligroso que continuar con ellos.

—Así que de juerga, ¿eh?

—Sí.

—Vaya, vaya. Y es usted muy joven.

Diamond no respondió. El hombre le acercó la rodilla, y ella se alejó todo lo que le permitía el espacio del baquet.

—Oiga, no me como crudas a las niñas guapas.

—Ni yo me dejo comer.

—Le advierto que si se pone así la dejo en la carretera. Al fin y al cabo, no sé quién es usted. He oído casos de chicas que...

Diamond miraba por la ventanilla. Conocía a aquel tipo de hombres. De sobra.

—¿A qué distancia estamos de Albuquerque? —preguntó.

—A unas cincuenta.

—¿Tenemos que pasar por algún pueblo?

—Tres, Moriarty, Edgewood y Tijeras. ¿Por qué lo pregunta? Oiga, yo no hablaba en serio al decirle lo de dejarla tirada en la carretera, pero, es que he oído casos de que una chica guapa...

—¿Tiene usted un mapa de carreteras?

—Ahí, en el bolsillo de la portezuela.

Ella lo sacó y a la luz del salpicadero, buscó el lugar en que se hallaban. Lo encontró enseguida.

—Escuche, cuando me encontré, ¿dónde estábamos?

—Pues... diez millas atrás.

Ella guardó en la cabeza los lugares y las distancias. Él la miraba atentamente por el retrovisor y a hurtadillas.

—Debió ser una buena juerga, ¿eh, hermanita? Chicos guapos y todo eso.

—Sí.

—Y mientras, uno trabajando como una bestia, devorando kilómetros para vender a los paletos.

Le acercó la rodilla. Ella se apartó.

—Oiga, no necesita ser remilgada conmigo.

—No lo soy, pero estoy muy cansada.

—Claro, la juerga. Oiga, ¿qué le parece si nos detenemos en Moriarty y tomamos unas copas? Para hacer más alegre el camino.

—Bueno.

Las tomaron, en una cantina, junto a la estación de servicio.

—Me llamo French, muchacha. ¿Y usted?

—Joan, Joan Trent.

—Bueno, Joan, ahora seguiremos el camino hacia Albuquerque «con alegría y bajo las estrellas» —citó el otro sonriendo estúpidamente.

—Lo siento.

—¿Qué?

—He dicho que lo siento. No sigo. Me quedo en Moriarty.

—Pero, usted dijo que iba a Albuquerque para coger mañana el coche de Santa Fe y Las Vegas...

—No.

—Es usted...

El hombre estaba furioso. Se había imaginado una aventurilla fácil.

—No lo diga. Le agradezco mucho haberme traído, pero he pensado quedarme aquí. Hay una carretera a Santa Fe desde aquí.

—Bueno, que me aspen si vuelvo a recoger a ninguna vagabunda en la carretera.

Ella se alejó caminando sobre sus rotos zapatos.

Encontró alojamiento en un hotel, aunque pusieron algunos reparos cuando vieron que no llevaba equipaje y examinaron el estado de sus ropas. Pero como pagó al contado, pudo dormir allí.

A la mañana siguiente un «Greyhound» la llevó a Santa Fe y de allí a Las Vegas. Adonde llegó a las cinco de la tarde.

Fue directamente a su casa, se dio un baño y arregló cómo pudo los desperfectos de su cara. Luego salió y se dirigió rectamente a la jefatura de policía.

El capitán la recibió con el ceño fruncido.

—La hemos estado buscando. ¿Dónde diablos se ha metido? No ha dormido en su casa.

—No he podido. ¿Puedo hablar... con el señor Ashton?

—¿Qué tiene que decirle?

—Escuche, capitán. ¿Quién manda aquí?

—Yo, naturalmente.

—Bueno, entonces, míster Ashton...

—Míster Ashton no pertenece al Departamento de Policía de Las Vegas. Es, digamos... extraoficial. Un empleado del Gobierno.

—Bueno, pues voy a decirle una cosa: he sido raptada.

—¿Usted?

—Sí, yo. Anoche, al salir del «Mogambo».

Y se lo contó todo. Cuando acabó, el capitán tenía ya el teléfono en la mano.

—Ashton, venga acá. Tengo noticias para usted.

Ashton, llegó pocos momentos después. Su cara parecía cansada. Miró a la muchacha y le tendió la mano. Luego, ella repitió la historia.

Al terminar, los dos hombres se aproximaron a un gran plano del Estado.

—Veamos —dijo Ashton—. ¿Dónde le recogió a usted el coche?

Ella lo señaló. Los dos hombres trazaron un gran círculo que incluía la confluencia de las carreteras nacionales 84 y 66.

—Entonces, según usted, la casa a la que la llevaron debe estar por aquí, ¿no?

—Pues... por lo que yo sé, sí.

—¿No pudo calcular ni la velocidad del coche que la llevaba, ni el tiempo que tardaron en llegar a la casa?

—Imposible. Ni una cosa ni otra. Quisiera yo haberles visto a ustedes, con los ojos vendados y...

—Capitán —dijo Ashton—, eso no nos sirve de nada. Pudieron estar haciéndole dar vueltas, y encontrarse el lugar en la cercanías de Las Vegas.

—¿Cree que no lo sé? Pero, de algún punto tenemos que partir, ¿no?

—Y yo... —dijo Diamond—, ¿puede usted, o usted, explicarme a qué ha venido todo esto? ¿Por qué me han raptado y me han golpeado? ¿Por qué he tenido que pasar tanto miedo, yo que no sé en absoluto lo que se quiere de mí? ¿Por qué...?

Y se echó a llorar silenciosamente. Ashton le puso una mano sobre el hombro.

—Cálmese, por favor. Capitán, voy a hablar con ella.

—Hágalo. Mientras, voy a hablar con el *sheriff* para que me preste coches y patrulleros. Pienso dar una batida por ese territorio.

Salió. Ashton sacó un paquete de cigarrillos, ofreció uno de ellos a la muchacha y se lo encendió.

—Miss Hackett, le voy a explicar lo que pasa. Después de lo que

le ha ocurrido, creo que tiene usted derecho a ello.

Diamond se limpió las lágrimas.

—Verá usted. No soy un policía como el capitán. Mi labor está en el Departamento de Narcóticos. Usted sabe lo que es eso, ¿verdad? Luchamos contra el vicio de las drogas con todos los medios a nuestro alcance. Que son muchos, pero a veces no bastan. Como en este caso, por ejemplo.

Hizo una pausa.

—¿Usted ha oído hablar de LSD?

Ella afirmó con la cabeza.

—Es una nueva droga, ¿verdad?

—No mucho. Los antiguos la conocían ya, pero ahora se está fabricando industrialmente. Produce unos efectos... extraños. Alucinaciones. La gente puede volverse loca si la toma con cierta asiduidad, pero aun sabiéndolo, hay muchos que la usan. Y otros que se lucran con ella.

Dio una chupada a su cigarrillo. Una chupada larga, que le envió el humo directamente a los pulmones.

—Se han dictado leyes últimamente para prohibir su uso, que puede ser mortal, si no se reprime pronto, como la morfina, la cocaína, el opio, el hachís y la heroína.

Y a nosotros nos ha sido encargada la labor de su represión.

—He oído hablar de ella. Pero no a nadie que la tome.

—Hay mucha gente, y muchos no lo ocultan hasta que se han promulgado las leyes de que le hablo. Todas las policías de narcóticos del mundo estarán preparándose para luchar contra ella y sus efectos.

—¿Tan... mala es?

—Sí. Mucho. Ya le he dicho que la gente se vuelve loca. Hace varios años la mayor parte de los habitantes de un pueblecito francés enloquecieron debido al cornezuelo del centeno, un hongo que produce unos efectos muy similares a los de la LSD. Ya le digo que tomándola con un poco de asiduidad, produce la locura. Sus efectos... bueno, son extraordinarios. Alucinaciones extrañas, creencias en nuevas fuerzas sacadas del interior de uno mismo; bueno, algo fantástico.

—Y... aquí...

—Sí. Descubrimos a un individuo que tomaba la droga, y

conseguimos interrogarle. La había adquirido aquí, en Las Vegas. Se trata de un *cabaret*.

—¿Del «Mogambo»?

—No, de otro. Pero el individuo nos aseguró que alguien que había estado en ese club proporcionaba el maldito producto.

—¿En el club? Pero... ¿quién?

—No lo sabemos. Pero sí podíamos hacer una cosa y eso es lo que hicimos. Encargamos a uno de nuestros mejores hombres que fuera al «Mogambo» y procurase establecer contacto con los traficantes.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿El... el hombre al que mataron?

—Exactamente.

Había una expresión de profunda tristeza en el tono y en los ojos de Ashton.

—Blackwell era un excelente muchacho, y un agente extraordinario. En este momento hay una mujer joven y dos niños pequeños que lloran a un padre y a un marido.

—Lo... siento.

—Sí, lo sé. Todos lo sentimos. Blackwell tenía órdenes de no ponerse en contacto con nosotros para evitar algo por el estilo: que lo pudieran reconocer como un agente, esa gentuza tiene muchos obstáculos y los sabe usar, hasta que no tuviera algo firme en lo cual pudiéramos clavar el diente.

Encendió un nuevo cigarrillo.

—Blackwell estuvo yendo al «Mogambo» durante varios días. Usted ha debido verlo.

—Es posible, pero es tanta la gente que... Bueno, sólo me fijé en él en la misma noche en que lo mataron.

Ashton asintió.

—El caso es que esa misma noche, Blackwell debía haber conseguido algo. Qué, no lo sabemos, pero el caso es que, contraviniendo las órdenes que tenía, se puso en contacto con nosotros. Quizá porque sabía que lo habían descubierto ya. La prueba es que cuando telefoneaba a la policía, lo... silenciaron.

Hizo un gesto.

—Se había metido en una cabina telefónica, y allí lo encontraron y lo mataron. Estaba transmitiendo un mensaje. Un mensaje que

debido a la confusión del policía que lo recibió (ni el capitán ni yo estábamos en la oficina en ese momento), no nos llegó hasta la mañana siguiente. Cuando ya era tarde.

—Pero ese mensaje...

—Ese mensaje decía, pura y simplemente, que había algo para nosotros en el guardarropa del «Mogambo».

—Su sombrero.

—Suponemos que sí. Ahora sabemos que era el sombrero, pero él no lo dijo. Ni tampoco el condenado tonto quijote nos dijo que lo perseguían. El oficial que estaba recibiendo el mensaje dice que se cortó la comunicación, pero lo que no sabía en ese momento era que estaban matando a Blackwell.

—Pero los policías llegaron enseguida.

—Fueron los de un Precinto que no informó a la Jefatura en el momento. Después, cuando lo hicieron, ya era tarde. El oficial receptor no relacionó ambos sucesos. Ha sido amonestado y castigado, pero ya no tenía remedio la cosa.

—Ahora comprendo —dijo Diamond—, por qué me pidió el sombrero y salió para volver a entregármelo después. Estaba...

—Estaba dejando en él un mensaje. Un mensaje que ahora no tenemos nosotros, sino ellos.

—No. Me pegaron para que les dijera lo que había en el sombrero o lo que el agente Blackwell me había dicho. No lo saben, míster Ashton. Lo buscan porque no saben lo que es.

—Sí, es así, pero pueden descubrirlo, porque tienen el sombrero... ¿Qué pudo dejar Blackwell en él? ¿Qué podía ser, *miss* Hackett?

—No tengo ni la menor idea.

—Sea como fuere, alguien en el «Mogambo» está pasando la droga, o conoce a alguien que la pasa. La prueba es lo rápidamente que silenciaron a Blackwell...

—Comprendo.

—Y henos aquí en un callejón sin salida. Podríamos coger a algún drogado, mediante un raid en el *cabaret*, pero... lo que queremos es la cabeza de la organización, si es que verdaderamente se encuentra allí. Eso es lo que queremos, no un pobre alucinado.

Hizo una pausa. Estaba jugueteando con el paquete de cigarrillos.

Luego alzó los ojos y los fijó en la joven.

CAPÍTULO V

—¿Qué... qué es lo que está usted pensando? —preguntó Diamond.

—Miss Hackett, usted lo ha pasado bastante mal en manos de esos tipos, ¿verdad?

Diamond asintió.

—Pues... si le presentáramos en bandeja la ocasión de vengarse de ellos y al mismo tiempo de hacer un favor a muchos desgraciados a los que esos sinvergüenzas arrastran a un destino bastante peor que la muerte, ¿lo haría?

—Pero... no lo entiendo. ¿Qué es lo que puedo hacer yo?

—Mucho.

—Pero...

Diamond se puso en pie.

—Espere un momento. ¿Está tratando de darme a entender que...?

—Usted puede tratar de enterarse de muchas cosas en el «Mogambo».

—¿Yo? ¿La chica del guardarropa?

—Usted.

La mirada del agente se fijó en los rotos zapatos de Diamond. Luego fue ascendiendo, pulgada a pulgada, hasta terminar en los ojos de la muchacha. Ella había enrojecido ante aquella mirada intensamente masculina.

—¿Ha terminado de mirarme como a un vaca de concurso? —preguntó.

—Lo siento si le he dado esa impresión, *miss* Hackett. Lo que quería decirle es que usted no es solamente la chica del guardarropa. Usted tiene personalidad, un hermoso físico e inteligencia. Y ha estudiado arte dramático. Usted podría sernos de gran ayuda.

—Y... ¿por qué habría de hacerlo? ¿Qué han hecho ustedes por mí?

—Nada, lo reconozco, pero lo haríamos en el futuro. El Departamento de Narcóticos tiene mucha fuerza, *miss* Hackett. Y sabe agradecer los servicios que se le prestan. Aparte que es un deber de todo ciudadano colaborar en la capturas de esos miserables.

Diamond movió la cabeza negativamente.

—Ah, no, perdone, no pienso meterme en un avispero como ése, en el cual matan a los hombres y raptan a las mujeres. Ni pensarlo.

—¿No quiere usted hacerlo?

—¡Naturalmente que no! ¿Cree que estoy loca de remate?

—Tiene miedo, ¿verdad?

—¿Miedo?

Diamond lo miró como si su interlocutor fuera un idiota.

—¡Miedo! ¡Pánico! Puede usted decirlo con todas sus letras. Un pánico enorme. A usted no le han pegado como a mí. No le han hecho objeto de esas indignidades. Usted estaba aquí muy tranquilo, lo mismo que todos esos policías de opereta, con sus hermosos uniformes, mientras un puñado de forajidos se cebaban en mí.

Le faltaba poco para echarse a llorar de nuevo. Ashton sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y se lo entregó.

—Tranquilícese, *miss* Hackett. Está bien. No hablemos más del asunto.

—¿Puedo... puedo marcharme a mi casa?

—Claro que sí.

Luego de una pausa:

—Tiene que ir al «Mogambo», ¿verdad?

—Claro que sí. No tengo otro empleo. Aunque... ni siquiera estoy segura de conservar ése. *Monsieur* Jules, el *maître*, me dijo que no le gustaban los disturbios en el «Mogambo», aunque me dio a entender que si me portaba «bien» con él, trataría de arreglarlo. «¡Bien!». ¡Todos los hombres son unos sucios canallas!

—Todos no, *miss* Hackett. Solamente algunos, Blackwell era un excelente muchacho y un hombre en toda la acepción de la palabra. No era de los que hacen presiones como esas sobre las muchachas que necesitaban un empleo. Pero ahora está muerto.

—¿Por qué me tiene que decir a mí esas cosas?

—Era un simple comentario en voz alta. Puede marcharse si lo desea. Únicamente le aconsejo que lleve cuidado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que esos tipos la han raptado una vez, pueden hacerlo otra.

—¿Y para qué está la policía, si puede saberse?

—Para proteger a la gente, desde luego. Supongo que la policía tratará de protegerla. Debería usted hablar con el capitán.

—¿Cree que corro peligro?

—Pues... no lo sé.

—¡Valiente policía es usted!

—Lo siento. ¿No se marchaba?

—Pero... ¿y si me...?

Ashton se encogió de hombros. Si Diamond le hubiese conocido mejor hubiera observado el malicioso brillo de sus pupilas.

Pero no lo conocía apenas. Por ello se sintió llena de temor.

—Así que una chica —dijo con amargura—, debe dejarse avasallar y pegar y humillar por esos malditos asesinos, sin que nadie se crea obligado a defenderla... Está bien, siempre se aprende algo nuevo.

Cogió el bolso y se dirigió a la salida. Ashton la observaba.

—Hable con el capitán.

—¿Para qué? Que se guarde sus policías de pacotilla.

—Yo lo haría, no obstante.

—No quiero.

Y salió. Ashton la siguió y buscó al capitán, que estaba en el despacho de agentes, hablando con varios jefes de patrullas de carreteras.

—Capitán, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Sí.

—La chica se ha marchado. Le he pedido que colabore con nosotros, pero está llena de pánico. Hay que vigilarla. Puede correr peligro.

—Dedicaré a ello a un par de hombres. Pero no dispongo de muchos.

—Haremos algo mejor. Que uno de sus hombres vigile el «Mogambo», a ser posible, desde uno de los edificios de enfrente. Yo

voy a meterme en él.

—¿Usted? Pero ¿es que quiere que le ocurra lo que Blackwell?
Ashton lo miró serenamente.

—Capitán, ¿la muerte de un subordinado suyo le impediría cumplir con su deber?

—Claro que no, pero... ¿no podría usted hacer venir a algún otro agente de La Costa, a alguien a quien los del Sindicato no conocieran? Ello representaría menos peligro para usted.

—No tengo tiempo. Y además, no puedo permitir que me maten a otro hombre.

—Perdone, Ashton, pero ¿están ustedes, los agentes de Narcóticos, preparados... quiero decir físicamente, para una cosa como ésa?

Ashton sonrió.

—Lo estamos. No descuidamos nuestra forma física ni el manejo de las armas. Puede usted estar tranquilo.

—Bueno, bueno, al fin y al cabo, usted hace lo que considera su deber. Pero ¿va usted a vigilar también a esa chica?

—Lo procuraré.

—Por cierto que no es una tarea desagradable. Demonios, el buen Dios cuando la hizo, rompió el molde. Si no fuera porque estoy casado, no me importaría ocuparme personalmente de su seguridad. Vamos, confíese que la chica es un bombón.

—Lo es, pero no pienso en eso.

—Pues hágalo, hombre de Dios. Aunque... quizá sea usted casado.

—No lo soy. Soltero. Pero cuando trabajo, las faldas están de más.

El capitán sonrió.

—Bueno, venga.

Lo llevó ante un inmenso mapa de la ciudad.

—El «Mogambo» —dijo señalando un punto—. La casa de enfrente es un cine. Su galería superior tiene varias ventanas. Desde allí podemos instalar a un hombre con unos prismáticos.

—Dele también una cámara tomavistas. Nosotros pagaremos los gastos.

—Siendo así, se lo daremos. Le haremos que fotografíe a todos los que entren o salen.

—No es necesario. Yo me ocuparé de... Bueno, ya me pondré en contacto con ustedes. Y espero que «ellos» no me reconozcan. Al fin y al cabo, no me he mostrado mucho por la ciudad.

—El Sindicato tiene larga vista y brazos más largos todavía.

—Lo sé. Bien, capitán, quiero que haga circular una noticia por medio de sus cimbeles[1]. La de que White Mulligan es buscado por usted como... ¿Ha habido algún asesinato o ajuste de cuentas últimamente en la ciudad?

—Ha habido dos. En uno de ellos mataron a un «pájaro de la nieve», un tal «Ratón» Freddie Mayo. No hemos encontrado a los asesinos.

—Está bien. Haga circular la noticia de que a Withe Mulligan, un pistolero de Chicago, tienen ustedes interés en interrogarle a propósito del asesinato de «Ratón».

—¿No es exponerse demasiado, Ashton? ¿Existe White Mulligan?

—Existe, y ha salido hace poco de Jolliet, después de cumplir condena. Telegrafiaré a Chicago diciendo que lo silencien por unos días. Que lo tengan en observación, de tal manera que no pueda moverse y delatarme.

—¿Pertenece al Sindicato?[2].

—No lo ha confesado. Hacerlo es sinónimo de muerte. Ya lo sabe usted. Tengo que arriesgarme.

—Lo haré enseguida. Tengo cinco o seis cimbeles de toda confianza.

—Procuraré que lo sean. Que esparzan la noticias de que usted y el fiscal del distrito tienen mucho interés en interrogar a White Mulligan, pero que desean hacerlo en secreto. ¿Comprendido?

—Claro que sí. ¿Cuándo se va usted a meter en el avispero?

—Lo antes posible. Esta misma noche.

—De acuerdo. Y... buena suerte. Ahora mismo correrán las voces.

—Gracias.

A las seis, Diamond Hackett entró en el «Mogambo», Ocupó su puesto y esperó.

El maître Jules se detuvo un momento ante el mostrador.

—Creí que no vendría.

—¿Por qué? ¿Estoy despedida?

—No, todavía no —respondió con intención—. Pero no creo que pueda conservar el puesto durante mucho tiempo. Hay varias muchachas que lo han solicitado, y encuentro que algunas de ellas tienen méritos suficientes para conseguirlo.

—Escuche, *monsieur Jules*, necesito el puesto.

—En ese caso, ¿por qué no es usted un poco más... accesible?

—Yo... bueno, lo procuraré.

—Hablares más tarde.

Y se retiró, balanceando su digna panza. Diamond le lanzó una mirada de odio.

«Muchacha, ha llegado la hora de coger esos setecientos dólares y emprender el vuelo. Hoy, como domingo, quizá las propinas sean un poco más substanciosas y puedas aumentar algo el capital. Una noche nada más».

Y se preparó para recibir los primeros clientes.

A las nueve de la noche se llevó la sorpresa. Un hombre ataviado con una chaqueta blanca, camisa marrón oscuro y corbata amarilla, penetró en el «Mogambo». Llevaba el sombrero echado hacia adelante, pero ella lo reconoció a la primera ojeada.

Abrió los ojos. El hombre le hizo un guiño rápido.

—Hola, preciosa —dijo.

Le tendió un sombrero de color gris perla.

—Cuídamelo como si se tratara de las joyas de la familia, ¿quieres?

Diamond tragó saliva.

—Lo hacemos con todos, señor —dijo protocolariamente.

—Así me gusta. Oye, nena, ¿cómo andas de novios? ¿Cinco o seis? ¿Tienes sitio para alguno más en tu corazoncito?

—No, señor. Su ficha, señor.

—Gracias, encanto. No dudo de que nos volveremos a ver a la salida, ¿eh? Eso si no te has escapado con alguno de esos millonarios petroleros de Texas.

Ella no respondió. Cogió el abrigo que le tendía una gruesa dama y aprovechó el momento para intentar tranquilizarse. Míster Ashton, el correcto agente de narcóticos, vestido de aquella manera y hablando como un... borracho cualquiera...

Pero al volverse vio fijos en ella los ojos de Ashton.

—Así, pues, hasta la salida —dijo sonriendo. Pero los ojos del

agente no sonreían y le estaban enviando un mudo mensaje. Comprendió.

Debía callar. No reconocerlo. Bueno, era la última noche, ¿no? Pues ningún trabajo le costaba hacerlo.

Ashton pasó al interior. El «Mogambo» no era muy grande, ni de los mejores, pero sus atracciones eran buenas, y la gente iba allí con frecuencia. En ese momento, dos bailarines asiáticos, hombre y mujer, bailaban en el tablado.

Las mesas estaban iluminadas individualmente mientras duraban las atracciones, aunque se encendían las luces centrales cuando acababan, para permitir bailar a los clientes.

Ashton se dirigió al bar y se sentó en un taburete.

—*Whisky* —pidió.

El camarero se lo sirvió. Ashton lo bebió con aire concentrado, y lanzando ojeadas a su alrededor.

—¿No hay juego aquí? —preguntó al camarero.

—No —respondió éste.

—¿De ninguna clase?

—De ninguna.

—Comprenda, amigo. No soy de aquí, pero me han dicho que en Las Vegas se juega en todas partes.

—No, hay muchos lugares como éste. Pero si quiere juego, vaya al «Póker» o a alguno de esos otros. Allí tiene todo lo que quiera.

—No es que me muera si no me siento delante de una mesa a dejarme los «lomos verdes», amigo, pero unas manitas de algo de vez en cuando, no vienen mal.

—Claro que no.

—Deme otro *whisky*. Oiga, y ya que estamos hablando de estas cosas, en Las Vegas hay otras diversiones, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Mujeres?

—Bah. No vienen mal de vez en cuando, pero no me muero por ellas.

Seguía examinando con los ojos el local. Cuando miraba al camarero, procuraba no fijar mucho la mirada. Como si no pudiera mantener quietas las pupilas.

—Bueno, alcohol puede tomar aquí el que quiera.

—Tampoco viene mal. Bueno, amigo. ¿Cuánto es?

El camarero le dijo el precio. Era escandalosamente alto, pero

pagó sin pestañear. Luego, dobló un billete de veinte y lo dejó debajo de la copa. El camarero lo miró, pero no hizo ademán alguno para tocarlo.

—Daré una vuelta por el salón tal vez me siente a alguna mesa.

—¿No se olvida de algo?

—¿El qué? ¿El «Jackson»? [3] Es para usted.

—No le he vendido nada.

—No importa. Me gustan los tipos que contestan a lo que les pregunto.

—Gracias.

Se guardó el billete, con habilidad de prestidigitador.

Fue hacia una de las pocas mesas que estaban vacías, y se sentó en ella. Sabía que de no ocurrir nada extraño, algún gancho debería acercarse a él. Un hombre que daba propinas de veinte dólares por dos vasos de *whisky* llamaría la atención. Tenía que llamarla.

No ocurrió nada. Las diez y media y... nada.

Había bebido otro *whisky* en la mesa, y encargado la cena, para poder conservar aquélla, pero no la comió. Fumaba incansablemente y dejaba los cigarrillos a medio terminar.

A las once menos cuarto se aproximó de nuevo al mostrador.

—Voy a dar una vuelta por ahí, amigo. Deme un *whisky* para el camino.

El otro se lo sirvió.

Al ir a pagarlo, Ashton lo hizo entregando el billete con los dos dedos doblados de cierta manera. El índice montado sobre el corazón. El camarero lo observó, pero no hizo el menor gesto.

Salió. Al recoger el sombrero, dijo:

—Hola, dulzura. Me voy, pero volveré. Me gusta el sitio.

Y luego de dirigir una mirada a su alrededor, con los labios casi unidos añadió.

—No habrá dicho nada a nadie, ¿verdad?

—Claro que no.

—Gracias.

Salió. Dio una vuelta por la ciudad. Había alquilado un gran coche de color rojo oscuro. Se dejó ver en varios bares y clubs y luego, hacia las doce, volvió al «Mogambo».

El camarero era el mismo.

—Otro *whisky*, amigo.

—¿Jugó?

—No, no es eso lo que me apetece esta noche. Mire usted que es grande, amigo. Tener un poco de pasta y no tener gana de ninguna de las cosas que la pasta puede conseguir.

—La pasta puede conseguirlo todo —respondió el camarero, yendo hacia el anaquel de las bebidas poco comunes. Hurgó entre ellas, pero no llegó a sacar ninguna. ¿Una seña quizá?

Luego volvió.

—¿Otro?

—He bebido como un submarino, pero no me animo. Había alguien a su lado en este momento. Una mujer.

—Hola —dijo ella.

—Hola, nena.

—¿Una copa?

—Tómala. Pero si quieres compañía tendrás que buscarla en otro lado.

—¿No le gustan las mujeres?

—Claro que sí, como a todo bien nacido, pero... no estoy para ellas esta noche. Resultaría aburrido.

—Sí que es lástima.

Ella tomó la copa y esperó a que Ashton pagara. Éste dejó ver un buen fajo de billetes procurando que se viera bien la efigie del primero. Un «cien».

—¿Juego? —preguntó ella.

—Bah.

—Bueno, bueno. *Or'vuá*.

—Or'vuá, *nena*.

Las doce y media. Y nada. Bueno, la chica podía ser el gancho, pero también podía ser una simple tanguista de caza.

Se preguntó si transcurriría la noche sin novedad. No lo deseaba. El recuerdo de Blackwell le estaba escociendo en la memoria constantemente.

Y por otra parte, no podía seguir bebiendo constantemente. Aguantaba mucho, pero... todo tiene su límite.

CAPÍTULO VI

Fue a la una. Cuando sus movimientos se habían hecho muy nerviosos, y sus pupilas más vagarosas que nunca. Un hombre avanzó hacia el mostrador, y se colocó a su lado. En la pista estaban bailando en ese momento.

—*Whisky*, Joe.

Al avanzar la mano para coger la copa, el dedo índice estaba montado sobre el dedo corazón.

Se volvió y miró de reojo a Ashton.

Éste sonrió.

—Le juego la copa.

—Puede usted jugar a muchas cosas en Las Vegas.

—Bueno, pero ¿se la juega o no?

—Vamos a hacerlo.

La perdió Ashton. La pagó y repitió el gesto. Los dos hombres se examinaban con la atención de dos esgrimidores preparados para un asalto.

—¿Le gusta Las Vegas?

—Oh, sí, aunque apenas he salido de aquí. Y no llevo más que un día en la ciudad.

—¿Quiere conocerla bien? Hay gente que se la enseñaría por los cuatro costados.

—Bueno, es un programa. Quizá me decida. ¿Quién?

—Pues... algunos muchachos. Por ejemplo, yo mismo, si no tuviera mucho que hacer. Le invito a una copa.

—La tomamos, presto.

—Le puedo enseñar un sitio en el que el «*striptease*» es muy bueno. Hay una hawaiana que es un portento.

—Bueno, bueno, es una noticia, pero la verdad es que esta noche no tengo ganas. Yo vengo de Chicago y allí hay muchas cosas de ésas. Me gustaría algo más... animado.

—¿Más animado que el «*striptease*»? Ya me dirá lo que puede ser.

—Bueno cada uno tiene sus gustos.

—Y los suyos... Bueno, si me meto en lo que no importa, me da un puñetazo en la nariz; pero ¿usted qué gustos tiene?

Ashton le lanzó una mirada rápida. La mirada del hombre que no se atreve a hablar, que intenta calibrar a su interlocutor.

—Pues... propios.

—Deme un puñetazo en la nariz.

Tomaron otra copa juntos. El hombre se alzó del asiento.

—Bueno, por esta noche ya tengo bastante. ¿Usted no se va a dormir todavía?

—No, este... yo... es muy temprano, aún. Maldición, debí ir a otro lugar.

Era como si se le hubiera escapado la maldición. El otro lo examinó con simpatía.

—Bueno, *bye-bye*, amigo...

—Éste... me llamo Smith.

—¿De Chicago?

—De Chicago.

—¿Quién lo envió para acá?

El hombre se había inclinado hacia él.

—¿Quién me envió? Pues... nadie. Vine yo solo.

—Bueno, si no quiere hablar, es cosa suya. ¿Conoce usted en Chicago a Fratelli?

—No... no conozco a ningún Fratelli.

—Joe Fratelli. Le llaman «Seppe».

—Éste... quizá haya oído hablar de él.

—«Seppe» tiene amigos aquí. Compañeros suyos.

—Ah, bueno. Lo recordaré.

El otro se irguió para marcharse. Como si aún vacilase, Ashton dijo:

—Maldición, tome otra copa.

—¿Dijo usted que se llamaba Smith?

—Eso dije.

—¿No conoce usted a un tal Mulligan? Lo llaman «White».

Ashton se irguió. Desempeñaba a la perfección el papel de un hombre nervioso, al que acaban de sorprender con la guardia baja.

—¿Mulligan? No... creo que no.

—También es de Chicago. Pensé que usted lo conocería.

—Pues... no.

—Lástima. Tal vez si conociera usted a Mulligan podría ayudarlo. Parece que alguien lo busca.

—Éste... ¿quién?

—Amigo, yo no me meto en los asuntos de los demás. Lo buscan, eso es todo.

—Pues... tal vez conociera a alguien que a su vez conoce a Mulligan. Pero ¿quién lo busca?

—La policía.

—¿Por qué?

—¿Y yo qué sé?

—Bueno, de todas formas, gracias.

Y cuando el otro se marchaba:

—Yo me alojo en Las Vegas. Tal vez nos veamos mañana, ¿no?

—Seguro si va usted a los mismos lugares que yo.

—Y esos lugares...

—Oh, ya nos veríamos. En Las Vegas se encuentra a todo el mundo. Parece grande, pero todos acabamos por encontrarnos.

Acababa la noche. Cada vez con mayor miedo Diamond se volvía hacia Lydia.

—¿Adónde vais a ir Jimmie y tú?

—A tomar unas copas, pero somos una compañía muy poco apetitosa hoy, muchacha. Estamos de etiqueta. Ese tipo me pone nerviosa con sus celos. ¿A qué no sabes lo que me dijo ayer?

—No.

—Que si volvía a mirar a algún hombre sería capaz de darme una paliza. Fíjate: una paliza. A la hija de mi madre. Le dije lo que se merecía y a dónde podía marcharse. Esta noche pienso terminar con él. ¿No te importa si no te invitamos a venir? No quiero testigos de lo que voy a decirle. Porque si le llamo alguna cosa gorda y tú estás delante, lo tomaría peor.

—Está bien. No me importa.

Así que tendría que marcharse a casa sola. ¿Tomar un taxi? No le apetecía, porque, además, a los taxistas de Las Vegas lo que les gustaba eran los borrachos que los tenían horas enteras en la puerta

de los *cabaret* y de las casas de juego. No les interesaban las carreritas cortas.

¿Pegarse a algún policía? Se imaginaba la cara del capitán cuando se lo dijeran.

Por otra parte, aquel hombre, Ashton, que estaba todavía allí dentro... ¿Qué pensaría hacer? ¿Estaría vigilándola? Deseó que así fuese. Y la hora de la salida se aproximaba a toda velocidad.

Una imponente silueta se materializó ante ella.

—¿Ha pensado en lo que dije, Diamond?

—Éste... sí, *monsieur Jules*. *Pero esta noche no me encuentro muy bien. Si pudiera dejarlo para mañana... ¿No le importaría?*

—Esta noche, otro amigo y su amiguita y yo pensábamos cerrar la noche en el «Carrousel». ¿Seguro que no quiere usted venir con nosotros?

—Éste... ¿mañana?

—Mañana no sé si podrá ser.

—Yo... bien...

«¿Por qué no?». Al menos aquella gente significaría una cierta seguridad. No irse sola a casa. Ya vería la manera de impedir que *monsieur Jules*, *el panzudo maître* pudiese llegar a mayores.

—Está bien. Usted manda.

—Así me gusta, pequeña. La espero en el «Póker» después de cerrar.

Era comprensible. No quería salir juntamente con ella. La chica del guardarropa... *Monsieur Jules no tenía inconveniente alguno en hacerle el amor, pero... discretamente. Era un hombre demasiado importante como para arriesgarse a que lo viesan junto a ella.*

—Así lo haré.

Hacía un rato que sentía sobre sí una mirada. Alzó los ojos y el hombre la contemplaba desde la escalera que llevaba a los servicios, bajó los suyos y aparentó estar muy atento en las pinturas de la pared.

Diamond sintió que el corazón le latía con violencia. Desde donde estaba podía ver las perneras del pantalón. Y... aquellas perneras eran... parecidas... iguales... casi iguales a otras que había visto la noche anterior.

Procuró que nada en su cara reflejase su miedo y su sorpresa.

Tragó saliva varias veces y respiró hondamente. Un poco más calmada, continuó entregando prendas.

Y el hombre seguía allí, parado, como si estuviese esperando a alguien.

—Bueno son los últimos —dijo Lydia.

—Aún quedan algunos dentro.

—Muy pocos, apresúrate. Jimmie está a punto de salir.

Entonces salió Ashton. Cuando alargó la mano para entregar la ficha, aquélla temblaba visiblemente. Diamond alzó los ojos nuevamente se encontró con aquella mirada imperativa. «Calla», estaban diciendo aquellos ojos. «Calla». «No digas nada».

—Adiós, preciosa, nos volveremos a ver, vaya si nos volveremos a ver —dijo con voz alcohólica.

Ella no respondió. Ashton salió.

Y llegó la hora de echar el cierre. Para bajar al lugar en que se vestían, tenía que pasar junto al hombre. Éste se apartó, silbando suavemente, y a Diamond llegó el olor que despedían sus ropas. Olor a desinfectante.

Ya no le cabía ninguna duda. Temiendo que su corazón se le saltase del pecho, bajó la escalera y llegó al vestuario.

Allí se dejó caer sobre el banquillo. Así la encontró Lydia.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. Ya... ya me iba.

—Apresura, chiquilla. Jimmie se está poniendo muy nervioso y tonto.

Tenía que salir, No había más remedio. Se retocó los labios, se peinó cuidadosamente y por fin subió la escalera.

El hombre había desaparecido.

Dominó el temblor de sus piernas y salió a la calle, junto con Lydia y Jimmie. Éstos le hicieron un ademán con la mano y Diamond se encontró sola en la iluminada calle.

Y ahora, hacia el «Póker Club».

Pero ¿iba a ir? La sola idea de hacerlo le revolvía el estómago. No quería ver a Jules ni a su panza robusta, ni a sus amigos, tan repulsivos como él. No quería. Lo que quería era llegar a su casa... sola. Y sin que nada le ocurriese.

Sus piernas la llevaron en dirección contraria al «Póker Club». Al diablo con *monsieur* Jules. Al diablo con todo. Intentaría encontrar

un taxi. Al fin y al cabo, ¿no había pensado marcharse del «Mogambo»? ¿Despedirse? Pues bien, como dijo el almirante Farragut: «Al diablo los torpedos y a toda velocidad».

Llegó a la esquina. Miró a todos lados. Un grupo de personas, hombres y mujeres avanzaba en su misma dirección. Pues bien, con ellos iría más segura.

Se unió a ellos ajustando su paso al suyo. Cuando cruzaron la calle, el grupo torció por la transversal. Otra vez sola. Y nadie a la vista. Es decir, sí, un tejano enorme, con botas de media caña y sombrero «Stetson» que avanzaba silbando por la acera y un poco bebido al parecer. Cuando llegó junto a Diamond le preguntó si había visto un *Lincoln* azul que debía haberse puesto en marcha solo.

—No lo he visto —dijo Diamond obligándose a sonreír—. Pero podemos buscarlo, si le parece.

—¡Justo, *baby*! Vamos a buscarlo los dos juntitos.

—Diamond —dijo alguien.

Se volvió como si le hubiese picado una avispa. En las sombras de la joyería Black y Black, había algo. Una chaqueta blanca.

—No se vuelva. Siga. No está sola.

Ella golpeó al tejano en el brazo.

—Lo siento, pero ahora recuerdo que tengo un marido en casa. Otra vez buscaremos ese *Lincoln*.

—Pero... ¡*baby*! ¡Eso está mal! ¡Muy mal!

Ella ya andaba taconeando fuertemente, por la acera. Un club, otro, otro, y, por fin, su calle. Se volvió, esperando ver un automóvil negro que avanzase hacia ella, pero nada había a la vista. Los coches pasaban raudos por la Avenida Santa Fe. Nadie parecía tener interés por ella.

Y por fin, el portal de su casa.

La mancha blanca había aparecido a su lado de nuevo.

—Siga. ¿Podemos hablar en su cuarto?

—Desde luego que no. La patrona se pondría furiosa. No está permitido.

—Está bien, aquí mismo.

—Pero ¿qué es lo que quiere usted?

—¿Ha visto usted algo extraño esta noche?

—Pues... sí. Creo, estoy segura de que he visto a uno de los

hombres que me raptaron.

—¿Era el que estaba parado junto a la escalera?

—Sí.

—¿Le ha dicho algo?

—Nada. Pero me miraba mucho.

—Escuche atentamente. Me he expuesto mucho al hablarle y seguirla hasta aquí. Mañana, cuando entre en el «Mogambo»...

—Es que no pienso volver. Me voy de la ciudad.

Ashton le cogió un brazo.

—¿Se va?

—Sí. Ese cerdo de *monsieur Jules*, el *maître*, me ha planteado el asunto. O accedo a lo que él quiere, maldito sea, o... afuera. Me voy antes de que me despidan. A estas horas tenía que estar con él, pero he decidido marcharme.

—Diamond.

—¿Qué hay?

—Si yo le pidiera una cosa, ¿aceptaría?

—¿Qué?

Ella se había erguido, desafiante.

—Que acepte lo que le propongan. Yo estoy intentando establecer contacto con ellos, pero puede que me lleve algún día más. Usted puede ayudarme.

—¡No!

—Tenga en cuenta que si se marcha de la ciudad creerán que oculta algo y la buscarán por todas partes. Y tienen las manos muy largas. Pueden llegar prácticamente a cualquier parte de la nación. Mientras que si permanece en su puesto, puede ayudarnos. Y ayudarse.

—Es que... ¡tengo miedo! ¡No quiero que me corten la cara con una navaja! ¡No quiero que me asesinen y arrojen mi cuerpo al desierto! ¡No quiero! ¿Entiende?

—No grite. Está bien. Haga lo que quiera.

Se separó de ella. La joven dijo:

—Pero usted... ¿Y si le ocurriese lo que a su compañero? Pueden matarlo.

—Pueden. Pero soy soltero. No dejo ninguna mujer detrás de mí. Ni hijos.

Diamond se restregó las manos desesperadamente.

—Pero ¿qué es lo que quiere que haga?

—Vaya donde le dijo el *maître*.

—¿Con ese cerdo?

—Procuraremos que no le ocurra nada. Y estará más segura con él que sola.

—Pero ¡ya le he dicho lo que quiere!

—Niéguese. Las mujeres saben negarse cuando no desean una cosa. Pero hágalo de tal manera que... Oh, bueno, es inútil. No tengo razón para pedirle eso. Está bien. Cierre bien la puerta y mañana lárguese.

—Escuche.

—¿Sí?

—El que yo hiciera eso, ¿podría ayudarle a usted?

—Sí. Mucho.

—Está bien, lo haré. Pero tengo miedo.

Ashton la cogió por los brazos.

—Gracias, Diamond. Y no tiene usted razón. Es usted muy valiente. Ése es el verdadero valor. Vaya... y tenga los ojos bien abiertos.

—Lo haré. Pero, desde aquí hasta allí...

—¿Dónde han quedado citados?

—En el «Póker Club».

—Tengo un taxi en la esquina. Venga conmigo.

La llevó hasta el taxi. La ayudó a entrar y le estrecho la mano fuertemente.

—No lo olvidaremos nunca, Diamond.

—Espero que me lo recuerden... viva.

Y el taxi echó a rodar.

Jules y sus amigos la estaban esperando. Los ojos del *maître* eran duros y poco amistosos. Estaban en un reservado.

—Ha tardado usted mucho, querida —dijo—. Siéntese.

El amigo de Jules era un tipo tan gordo y tan desagradable como el *maître*, y su amiga podía ser cualquier cosa, desde una corista a una taquillera de cine. Bebieron y comieron langosta, y según avanzaban en las consumiciones, el *maître* se ponía más y más insinuante, pero siempre dentro de su línea de «no olvides quién eres, muchacha. Yo soy yo y tú una muerta de hambre que necesita mis buenos oficios para poder seguir trabajando».

A las cinco y media los dos hombres estaban borrachos y hablaban de ir a jugar en algún sitio. Cuando se levantaban de la mesa, Diamond sintió de nuevo la familiar sensación de que alguien la miraba y, al levantar los ojos esperando ver a Ashton, lo que vio fue de nuevo al tipo de olor a desinfectante.

Así que la estaba siguiendo. Todo el tiempo. ¿Y si le dijera a Jules...?

Éste estaba hablando en este momento. Los ojos del *maître* *aparecían inyectados en sangre*.

—Como descubra quién es el que hace la gorrinada ésa, lo dejo en la calle.

—No te metas en líos, Jules. Son muy fuertes. Si han elegido tu club para eso... allá ellos. Tú, a lo tuyo.

—Yo hay ciertas cosas que no consiento. Puedo irme a cualquier lugar mejor que el «Mogambo». En cuanto quiera. Puedo ir incluso a Nueva York. Tengo proposiciones para el «Sheraton».

—Te digo que hagas la vista gorda, Jules. Es mejor. Después de todo, ¿a ti qué te importa?

—No me gustan esas cosas. No acaban bien nunca.

—Pero... te habrán pasado algún sobre con buen dinerito, ¿no? Jules movió la cabeza.

—Me lo han dejado sobre mi mesa, pero...

—Déjalos.

Su compañero bajó la voz.

—El Sindicato es muy fuerte, Jules, y paga bien. Tú no sabes nada de nada y de ahí no te sacan. ¿No has oído hablar del tipo al que apiolaron la otra noche ahí a la puerta? Pues no te quepa la menor duda de que fueron ellos. Ajuste de cuentas.

Diamond, mientras fingía arreglarse el pelo, estaba escuchando con los cinco sentidos.

—Bueno, bueno. Pero si la policía mete las narices en el «Mogambo», eso no le hará ningún bien a mi reputación.

—Oh, vamos, Jules, tu reputación está bien montada. Déjala solita. Tú no sabes nada de nada. Te embolsas el dinero y en paz. ¿Qué te metieron dentro del sobre?

—Dos mil.

—Buenos son. ¿No tienes idea de quién sea el que reparte la cosa en el «Mogambo»?

—No, pero, bueno, cada uno tiene sus ideas. Y yo tengo los ojos bien abiertos.

—Pues ciérralos un poco, hombre. Aquí donde me tienes, yo también me he visto en una de éstas, en Frisco, hice la vista gorda y me embolse el dinero. No me he arrepentido de ello.

—Está bien. Bueno, chicas, vamos a cualquier parte. Vamos a jugar un poco.

Jugaron en el «Capistrano» y siguieron tomando copas en el «Zombie». A las siete de la mañana, Diamond consiguió llegar a su casa *Monsieur Jules no había intentado a otra cosa que a un leve escarceo del que pudo librarse con facilidad. Jules estaba demasiado bebido como para intentar algo más.*

Lo último en lo que pensó mientras se metía en la cama fue en que tenía que hablar con Ashton para contarle lo que había oído en el reservado del «Póker».

Se durmió casi instantáneamente.

CAPÍTULO VII

—¿Míster Ashton?

—Sí, Diamond.

La chica tomó carrerilla y le contó lo que había oído. Ashton la escuchó atentamente sin interrumpirla. Cuando acabó, dijo:

—¿Desde dónde me llama?

—Desde una cabina pública.

—Son las tres. ¿Va a ir al «Mogambo»?

—Pues... sí, pero ese hombre nos fue siguiendo toda la noche.

—¿A usted?

—Ahora ya no tengo tanta seguridad. ¿No podría estar siguiendo a míster Jules?

—Puede ser. Está bien. Nos veremos allí.

Diamond colgó. Aún le quedaba bastante tiempo, pero no tenía ganas de salir a la calle. Volvió a su habitación y miró por la ventana, tratando de ver si el hombre del olor a desinfectante la había seguido.

No pudo verlo por ninguna parte. Ni a Ashton tampoco, aunque esto era lógico.

Por fin, a las seis, llegó al *cabaret*. Antes de vestirse, entró y se dirigió al despacho de Jules. Éste no había llegado aún. Llegó cuando ella ya estaba vestida y preparada detrás del mostrador. Le hizo una rápida seña de confabulación y pasó para preparar las mesas y las reservas.

Y dio comienzo la noche.

Cuando llegó Ashton, con su camisa marrón y su corbata amarilla, entró también. Pero algo en su porte le hizo pensar a la muchacha que estaba tenso. Caminaba ligeramente envarado.

Luego vio al hombre entrar también. Y también la miró. Por un momento se sintió un poco el centro de la atención general. Ashton, Jules, el hombre...

Ashton no llevaba sombrero. Así, pues, ni siquiera tuvo que acercarse a ella.

Habíase dirigido directamente al bar. El camarero le sonrió.

—¿Se divierte en Las Vegas, señor?

—Bueno... podría ser mejor...

Cogió un billete de veinte y lo dobló.

—¿Ha visto usted al hombre que estuvo anoche conmigo?

—No, pero no creo que tarde. Mire, allí viene.

El hombre avanzaba entre las mesas.

Se colocó junto a Ashton en el mostrador.

—¿Se divierte?

—¿Una copa?

—La tomamos. Y, ¿qué tal la noche?

—Bueno, no hablemos de eso... Maldición, hay algo que...

—Amigo, usted está necesitando algo fuerte.

—Algo fuerte, sí, pero...

—Algo que no encuentra.

—Bueno, ¿a qué se refiere?

—Escuche, usted me dijo que conocía a alguien que a su vez conocía a Mulligan.

—Sí, eso dije.

—A Mulligan lo busca la policía. ¿No será usted, por casualidad?

—La policía no tiene nada contra mí.

—Puede, pero quieren interrogarlo.

—¡Pues ya saben dónde pueden encontrarme! ¡Nada tienen contra mí, eso es todo, yo me voy a largar de Las Vegas! Ojalá nunca hubiera salido de Chicago. Allí, cuando un hombre quiere tomar alguna cosa... bueno, algo que no está en el catálogo, lo encuentra, si tiene dinero para pagarlo. Y yo tengo dinero.

—No grite, Mulligan.

—Haga el favor de no llamarme Mulligan. Soy Smith.

—Bueno, Smith, no grite. Aquí también se puede encontrar algo fuera de la lista.

—¿Dónde?

—Ah, eso hay que pagarlo.

—Yo pago.

—¿Qué es lo que usted quiere?

—Pues... algo fuerte.

—¿Nieve?

—Sí.

El hielo estaba roto.

—¿La tiene usted?

—¿Yo? No me mancho las manos con esas porquerías. Pero sé quién se la puede proporcionar.

—¿Quién?

—¿Cuánto quiere?

—Yo... Bueno, cinco dosis.

—Está cara, aquí.

—Pagaré lo que sea. Tengo dinero, ya se lo he dicho.

—Cien pavos.

—¿Dónde?

—Esté usted a las dos en la puerta del «Zombie». ¿Tiene coche?

—Sí, uno rojo oscuro. Lo tengo a la puerta.

—Pues quédese dentro. Cuando alguien se acerque a usted, tenga preparado el dinero. El hombre encenderá un cigarrillo y lo tirará a la primera chupada. Ésa es la señal. Usted alarga el billete y recibirá la mercancía.

—Gracias, amigo. ¿Una copa?

—No, veinte pavos para mí. Luego puede invitarme. Ashton le pasó el dinero por debajo del mostrador.

—Gracias, de nuevo. Tomemos la copa.

La tomaron. Luego, el hombre agitó la mano y se marchó.

Ashton esperó un momento y luego se dirigió a la salida. Miró el reloj. Las diez y media. Vio al hombre en la escalera. Parecía esperar a alguien. Era el mismo de la noche anterior.

Bueno, con el otro eran dos. Pero ¿y el jefe? ¿Quién se encargaba de distribuir la mercancía?

Se apoyó en el mostrador del guardarropa.

—Hola, preciosa —dijo animadamente—. ¿Me recuerda? Ayer quedamos en que haría un huequecito en su corazón para mí.

—No quedamos en nada, señor.

—¿Cómo que no? ¿No me recuerda?

—Sí, pero... Por favor, tengo que atender a estos señores.

Ashton bajó la escalera de los lavabos. Rápidamente sacó un trozo de papel del bolsillo y anotó un número. Sabía que lo seguirían hasta que recibiera la *nieve*, y no podía exponerse a

llamar. Ni siquiera a tratar de llamar la atención del policía que estaba en el edificio de enfrente. Pero había una manera de soslayar el asunto.

La chica.

Era muy peligroso, pero algo le decía que aquella noche podía ser decisiva.

«“Zombie”, a las dos. Un tipo se acercará a mi coche. Síguenlo».

Terminó de escribir y se detuvo. Él lo había hecho. Bajar al lavabo, escribir y...

¿Por qué no Blackwell? ¿Había sido eso lo que hizo la noche en que le mataron?

Seguramente fue eso lo que hizo. Poner un papel, algo, el sombrero y dejarlo en el guardarropa confiando en que la policía pudiera llegar a tiempo para recogerlo. Su mensaje, recibido en la policía, había sido: «Busquen en el guardarropa del Mogambo...»

Bien, fuera como fuese, ahora tenía que conseguir que Diamond pasase aquella nota.

Subió de nuevo, con el papel oculto en la mano.

Y el hombre continuaba allí. Debía haber alguna manera de alejarlo, ya que lo más probable es que lo hubiesen colocado para vigilar a Diamond. Pero una vigilancia muy rara. A las claras, como... como si lo que quisieran fuera no tanto vigilarla como... intimidarla.

Había que alejarlo, o por lo menos inutilizarlo momentáneamente.

Llegó al final de la escalera. Para cruzar al guardarropa tenía que pasar junto al hombre. Bueno, ésa era la solución.

Le dio un empujón. Un empujón fuerte.

—¡Eh, oiga, lleve un poco de cuidado!

—¿Por qué no se quita usted de en medio?

—Porque tengo derecho a estar aquí...

Los movimientos de Ashton se hicieron un poco más nerviosos.

—Pues si se pone en medio no se queje si alguien lo empuja, hijo de perra.

El hombre apretó los labios.

—¿Se refiere a mí? Déjeme tranquilo.

—Me refiero a usted. Y no me mire como si me fuera a comer. A mí no me come nadie, y menos usted, con su cara de imbécil.

El otro metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Siga su camino, bastardo.

¿Una pistola? ¿Llevaba una pistola en el bolsillo?

Ashton no lo pensó. Adelantó el brazo, con el puño cerrado, y golpeó al otro en la punta del mentón. Fue un golpe fuerte y efectivo. Estaban tan juntos que el otro no pudo ni esquivarlo.

Cayó hacia atrás y chocó contra la pared. Inmediatamente, Ashton cruzó hasta el guardarropa, antes de que Diamond y Lydia pudieran proferir ni una sola exclamación.

—Tenga —dijo, alargándole el papel, mientras lo ocultaba con la mano. Hágalo llegar al capitán. Telefonee.

Diamond cogió el papel y lo hizo desaparecer. Lydia, lo único que pudo ver es que la mano de Ashton se había alargado. Lanzó un chillido.

Dos camareros llegaron corriendo.

—Pegué a un tipo que me insolentó —dijo Ashton con voz alcohólica—. No ocurre nada más. Pegué a un tipo y eso es todo.

Luego, con pasos vacilantes, caminó hacia la puerta.

Salió y subió en el coche. Las dos menos cinco. Tenía el tiempo justo.

Llegó a la puerta del «Zombie» en menos de cinco minutos. Aparcó y se quedó quieto en el baquet, esperando.

Cinco minutos más. Diez. Del «Zombie», uno de los más lujosos clubs de la ciudad del juego, salía una fila de personas, que eran substituidas inmediatamente por otras.

Un cuarto de hora.

La fila de entrada se detuvo. Habían debido comenzar las últimas atracciones.

Veinte minutos.

La puerta del «Zombie» estaba sola en este momento. Ashton lanzó una ojeada y vio que un hombre se aproximaba por la acera, mirando las luces de los clubs, con las manos en los bolsillos.

Ashton no lo perdió de vista. El hombre llegó a su altura, y se detuvo.

Sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y lo tiró apenas hubo dado la primera chupada.

La señal. Ashton abrió la portezuela e iba a alargar la mano, cuando algo en la actitud del otro le llamó la atención.

No se había acercado al coche.

—¿Lo trae? —preguntó Ashton en voz baja.

El hombre llevó la mano al bolsillo y Ashton se dejó caer hacia atrás. Había visto brillar algo en aquella mano.

La bala cruzó por delante de la cara de Ashton. Se la hubiera volado a no ser por la rapidez con que reaccionó.

Luego, el hombre volvió a disparar. Los disparos no hacían apenas ruido, un poco más que el que pudiera producir taponazos apagados.

Éste tampoco logró alcanzar a Ashton, pero le pasó más cerca.

Comprendiendo que estaba en inferioridad de condiciones, de continuar en el interior del coche, Aston salió con rapidez. El hombre había dado media vuelta y corría hacia la esquina.

Ashton no había faroleado cuando le aseguró al capitán que los agentes de Narcóticos se mantenían en buena forma física. Alcanzó al otro antes de que llegase a la esquina, y se lanzó contra él con el hombro por delante, como en sus buenos tiempos de jugador de fútbol[4].

Le dio en la espalda y lo lanzó hacia adelante, trastrabillando. Cayeron juntos, pero Ashton encima de su enemigo.

Le cogió el brazo derecho, en el que llevaba la pistola y se lo retorció. El otro lanzó un gruñido.

—¡Quieto o te rompo el brazo!

Dos o tres transeúntes se habían detenido y uno de ellos hizo ademán de intervenir.

—¡Quieto! —ordenó Ashton.

Había levantado al hombre. La pistola cayó al suelo, mientras le seguía retorciendo el brazo.

—Vamos, echa a andar. No ha ocurrido nada, amigos.

Un coche negro se aproximaba a toda velocidad. De él descendieron dos hombres que se precipitaron hacia ellos.

—Cójanlo —dijo Ashton—. Rápido, métenlo en el coche.

Lo llevaron en volandas hasta el coche y le introdujeron en él. Ashton recogió la pistola y los siguió. Subió a su automóvil y lo puso en marcha.

El coche negro se había perdido de vista ya. Todo había sucedido tan rápidamente que los escasos transeúntes que se habían detenido aún no habían reaccionado.

Ashton paró ante el «Mogambo». Entró y vio a Diamond. Ésta asintió con la cabeza.

—¿Qué ha sido del tipo al que golpeé?

—Se marchó.

Ashton pasó al interior del club y se dirigió al mostrador.

—¿Dónde está el hombre que habló conmigo? —preguntó al camarero.

—No lo sé.

Ashton lo miró. El hombre aparecía impasible.

—¿Seguro que no? Me quiso dar una cosa por otra. Tengo interés en encontrarlo.

—No lo sé. No lo conozco.

—Está bien.

Volvió al guardarropa. Diamond estaba dándole el abrigo a una mujer.

Esperó hasta que acabó y dijo:

—¿Vio hacia donde se dirigía el hombre? ¿Salió a la calle o entró?

—Éste... salió a la calle.

Ashton pensó rápidamente.

—Diamond, no puede usted continuar aquí. Tiene que marcharse.

—Bueno, yo...

Lydia los estaba mirando intrigada.

—¿Ocurre algo, Diamond?

—No, nada. Lo siento, pero me parece que tendrás que continuar sola.

—Espere un poco. Lo he pensado mejor. Quédese aquí hasta la hora de salir. Escuche:

Se volvió hacia Lydia.

—¿Haría usted algo que pudiera redundar en perjuicio de Diamond?

—¡Claro que no!

—Entonces, vigílela y no se separe de ella.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Quién es usted?

—No hay tiempo. Lo siento. Pero no se separe de ella, ocurra lo que ocurra.

Luego salió y se dirigió a la División de policía.

El capitán había llevado al hombre al salón de interrogatorios y había montado la puesta en escena. Un gran foco de quinientos watios iluminaba la cara del hombre.

Era un tipo delgado, de pecho hundido y ojos semicerrados. Estaba muy nervioso.

—¿Lo conocen? —preguntó Ashton.

—No lo tenemos fichado. Hemos mirado en el Departamento de huellas, pero no hay nada. ¿Quiere usted interrogarlo, Ashton?

—Sí...

Se sentó en el borde de la mesa y sacó un cigarrillo.

—¿Nombre, muchacho?

El otro apretó los labios.

—¿No quieres decirlo?

—Quiero hablar con mi abogado.

—¿Tu abogado? —saltó el capitán—. ¿Y quién es?

—Quiero un abogado.

—Lo tendrás. Ahora, dinos tu nombre.

Cerró los labios sin contestar. Ashton se volvió hacia el capitán.

—¿Pueden presionarlo un poco?

—Claro que sí.

Hizo una seña y un robusto policía se aproximó al hombre.

—Ponte en pie.

—Oigan, ¿qué piensan hacer? Tengo mis derechos y los conozco.

—Sí, incluido el de intentar matarme —respondió Ashton displicentemente.

El policía cogió al hombre por debajo de los sobacos y lo llevó hasta la pared.

—Coloca ahí los pulgares.

El hombre lo hizo.

—Ahora sepárate de la pared.

—Oigan...

—Vamos, obedece.

El hombre, con los pulgares colocados contra el muro, separó los pies. Es ésta una postura tan dolorosa que pocos pueden aguantarla durante mucho tiempo.

—Bueno. ¿Tu nombre?

—¡Quiero hablar con mi abogado! —berreó.

—Muy bien, dinos el nombre de tu abogado.

—Yo... Tienen que nombrarme uno.

—En ese caso tendrás que esperar a que te acusemos formalmente. Y aún no lo hemos hecho.

—¿Tenía algo en los bolsillos? —preguntó Ashton.

—Nada.

—¿Nada de drogas?

—Nada de nada.

—Bueno, sigan.

Pasados cinco minutos, espesas gotas de sudor comenzaron a caer por la cara del hombre. Sus piernas se movieron para acercarse a la pared. El policía se lo impidió.

—¡Suéltense!

—Pero si nadie te sujeta, muchacho. Vamos, habla si no quieres permanecer ahí un rato más.

Ashton tocó al capitán en el hombro.

Ambos salieron de la sala de interrogatorios.

—¿Han hecho algo sobre el lugar en que tuvieron a *miss* Hackett?

—Estamos buscando. Peinando la zona, pero es demasiado extensa.

—¿Qué hay del hombre que está frente al «Mogambo»?

—Tiene un rollo entero de película, pero no ha visto nada anormal.

—Que lo revelen.

—Lo están haciendo.

—Vamos.

Se dirigieron al laboratorio fotográfico. En ese momento terminaban de revelar el rollo.

—¿Cuándo podrán pasarlo a la pantalla?

—En cuanto terminemos de secarlo. Unos minutos.

—De acuerdo, llámennos cuando hayan podido hacerlo.

Volvieron a la sala. El hombre gemía, pegado a la pared.

—¿Tu nombre?

—Suéltense. Sáquenme de aquí, por el amor de Dios.

—¿Hablarás?

—Sí...

No había estado más de un cuarto de hora, pero cuando volvió a la silla, parecía haber recibido una paliza. Su cara chorreaba sudor

y sus manos temblaban.

—¿Cómo te llamas?

—Holland.

—¿Por qué has querido matarme? —preguntó Ashton.

—Porque... Yo no quería matarlo. Sólo asustarlo.

—Vuelvan a llevarlo a la pared.

—¡No!

Era un grito de auténtica angustia.

—Bueno, entonces volvamos a lo mismo. ¿Por qué?

—Porque... Alguien me lo mandó.

—¿Quién?

—Un hombre. No lo conozco.

—¿Acostumbras a matar a la gente cuando alguien a quien no conoces te lo ordena?

—No, es que...

—A la pared.

—¡No! ¡Esperen!

—¿Sí?

—Ese tipo Yo no lo conozco bien. Me ofreció quinientos pavos.

—¿Nada más? —preguntó Ashton—. ¿Tan barata está aquí la caza de hombres?

—Por regla general suelen pagar más —respondió el capitán sonriendo—. Usted no debió parecerles importante.

—Por cierto, ¿fue *miss* Hackett la que los avisó a ustedes?

—Sí.

—¿Por teléfono?

—Sí.

Había una arruga de preocupación en la frente de Ashton.

—Está corriendo un peligro bastante grande. Ya ha visto usted que no se anda por las ramas esta gentuza, precisamente.

—Podemos poner algunos hombres para guardarla.

—Y con eso daríamos la alarma. No, esperaremos. Que haya un solo policía a la salida del «Mogambo», pero vestido de paisano y sin hacerse notar mucho. Y ahora...

Se volvió hacia el detenido.

—¿Cómo se llama el tipo que te ordenó matarme?

—No lo sé.

—Descríbelo.

—Pues... alto, delgado, con una cicatriz...

—Pónganlo contra la pared de nuevo.

—Pero... ¡si le estoy contestando!

—Estás mintiendo. Contra la pared.

El policía lo cogió por los sobacos. El hombre se resistió, pero fue inútil. Un momento después estaba colocado de nuevo contra la pared. Comenzó a gritar.

—Déjenlo un ratito —ordenó Ashton—. Así se le aclararán las ideas. Estaba mintiendo.

El hombre sólo resistió cinco minutos.

Pasados éstos, lanzó un alarido, diciendo que quería hablar. Lo volvieron a llevar ante la mesa.

—¿Y bien?

—Yo... bueno, ¿qué quieren?

—Describe al hombre que te ordenó matarme.

—De mediana estatura... Un poco más bajo que usted.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba un traje castaño.

—¿De qué color tenía los ojos?

—Pues... grises... azules, me parece.

—¿Pelo oscuro?

—Sí.

—Es el mismo —dijo Ashton volviéndose hacia el capitán—. Es el tipo que me ofreció la droga.

Se dirigió nuevamente al detenido.

—¿Dónde te entrevistaste con él?

—En la calle Mars.

—¿En una casa?

—Sí. Él... fue a buscarme. Yo vivo allí.

—Tú no eres de aquí —dijo el capitán.

—No... yo vine de Dallas.

—¿Te drogas?

—Pues...

—Sí, ¿verdad? ¿Dónde consigues la mercancía?

—Me la da... No puedo decirlo, no es siempre el mismo.

—Vas a ir a la pared.

Los ojos del hombre revelaron su terror.

—Esperen... Me la da ese mismo tipo.

—¿En el «Mogambo»?

—No. En la calle.

—Déjenlo —dijo Ashton—. De todas formas, el «Mogambo» es el principal centro de distribución de la droga.

—¿Quiere usted que hagamos una batida?

—Sería inútil... Podemos hacerlo, pero corremos el peligro de que se escape el principal cabecilla. Haremos una cosa. Esperaremos a que salga *miss* Diamond y... actuaremos. Esto me recuerda que al *maître* han intentado sobornarlo.

—¿A Jules? Miré, Ashton, sobre ese podemos presionar. Si se supiera que ha pasado la droga, no lo admitirían en muchos clubs. No creo que se atreva a arriesgarse.

—Hágale venir aquí.

—Conforme. ¿Ahora mismo?

—Cuanto antes.

Un policía se aproximó a ellos. Llevaba un papel en la mano.

—De la patrulla

Z-41

—dijo.

—¿Dónde están en este momento?

—En Ashton Chico. Dicen que un corredor de fincas cree que vendió a alguien un rancho, pero que no lo utilizan. Pero no saben si será el mismo o no.

—Que lo investiguen. Que el corredor los lleve al rancho y...

Se volvió hacia Ashton.

—¿No podría ir *miss* Hackett con ellos?

—Pueden dejarlo para mañana. De momento, no. Mañana por la mañana, es decir, dentro de un rato, pueden hacerlo, tan pronto como amanezca.

—Conformes.

Y el capitán comenzó a dar órdenes.

CAPÍTULO VIII

Diamond recogió las últimas fichas. En ese momento, Jules apareció ante ella.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí esta noche?

—Dos hombres pelearon.

—¿Dos hombres? ¿Por usted?

—Claro que no. Pelearon porque pelearon. Y no sé más.

—No me hable así. Olvida usted quién es.

—Y usted parece olvidar también quien soy yo.

El jefe de servicios, Lymell, había aparecido junto a ellos.

—¿Ocurre algo, *monsieur Jules*?

—¿Qué es lo que ha sucedido hace un rato aquí?

—Dos borrachos, tengo entendido.

—Lymell, mucho me temo que Diamond tendrá que dejar el puesto...

—Pensaba hacerlo —respondió la muchacha avanzando la barbilla desafiadoramente—. Pero antes...

Fijó sus ojos en los del *maître*.

—Pero antes me darán una indemnización.

—¿Está usted loca? ¿Después de que es despedida por incompetencia en el cargo y por promover disturbios?

—Diamond —dijo Lydia con voz débil.

—Cállate. ¿Puedo hablar un momento con usted, Jules?

El *maître* la miró irritado. Pero la actitud de la joven era tan resuelta, que asintió.

—Venga a mi despacho. Lydia, hágase cargo del guardarropa entretanto.

Y una vez en el despacho del *maître*, Diamond dijo:

—Si no me da usted la indemnización que me deben por hacerme abandonar el trabajo, alguien va a saber una o dos cosas

acerca de usted.

El *maître enarcó una ceja, divertido.*

—¿Sí? ¿Qué le he ofrecido un par de copas? Vamos, muchacha, nadie toma en consideración una cosa así.

—No. Otra cosa.

—¿Qué?

—Que usted ha recibido dinero de ciertas personas por hacer la vista gorda en algunas cosas que ocurren aquí.

El color, por regla general bastante subido de Jules fue desvaneciéndose.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que usted recibe dinero por hacer la vista gorda y dejar que pasen drogas aquí, en el «Mogambo».

Apenas hubo terminado de decirlo, la joven se hubiera mordido los labios. Tal era la expresión de furia que reflejaba la cara del *maître*.

Dio un paso atrás.

—Así que escuchando lo que hablaba, pequeña vagabunda...

Parecía al borde de la congestión. «Bien —pensó Diamond—, ya has ido demasiado lejos como para echarte atrás ahora».

—Sí. Y no se le ocurra tocarme. ¿Quiere que comience a decirlo en voz alta? Pues lo gritaré...

—¡Cállese...!

El *maître se limpió el sudor.*

—Escuche, Diamond, le juro que es una falsa interpretación de mis palabras...

—Dos mil dólares. Seguramente marcados. Esa gente hace las cosas bien. Si usted ha aceptado ese dinero, lo tienen cogido para siempre.

Cogió la manija de la puerta.

—Así que... ¿sigo en mi puesto? ¿O me da la indemnización?

—Tendrá, tendrá usted lo que quiere. Si desea el puesto...

—No lo sé. Ya hablaremos mañana.

Salió. Lymell le cortó el paso.

—¿Qué ocurre? ¿La ha despedido?

—No.

—Vaya, me alegro. No hay muchas chicas como usted para el puesto del guardarropa. Yo hablaré con él y...

—No vale la pena. Ya está todo arreglado.

Y se dirigió corriendo al guardarropa. Un momento después recogían y estaban en la calle.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Lydia.

—Pues... si no es mucha molestia para vosotros...

Echaron a andar. Cuando llegaron a la esquina, se detuvieron.

—Bien, ahora ya puedes ir a tu casa. A no ser que quieras que te acompañemos hasta ella.

—No es necesario, gracias.

Los otros dos se despidieron y ella continuó hasta llegar al portal. Empujó la puerta de hierro...

¡Plop!

Le pareció que alguien había golpeado la pared a su lado o que se había desprendido algún trozo de del revoco de la fachada.

Se volvió y vio al automóvil que avanzaba hacia ella.

Algo en su interior funcionó tan rápidamente que apenas se había dado cuenta cuando ya estaba de rodillas en el suelo. Vio los faros del coche que avanzaban contra ella y, con un supremo esfuerzo, rodó sobre sí misma hasta que su cuerpo pasó el portal.

Las llantas del coche le pasaron rozando y de nuevo oyó el apagado ¡plop! Algo chocó contra los hierros.

Y el coche pasó.

Con un sollozo, se puso en pie. Casi a ciegas, se asomó a la calle y vio los pilotos del coche que se perdía en la distancia. Pero en su mente estaba grabado un perfil: el del hombre que conducía el automóvil. Un perfil un poco aquilino, y con los ojos protegidos por lentes.

Aquel perfil no se le olvidaría nunca. En parte, por las circunstancias en que acababa de verlo, y en parte, porque ya lo había observado antes: Era el falso policía.

Dominó el ataque de nervios respirando profundamente. Luego, en el momento en que se disponía a subir las escaleras, pensó que míster Ashton le había dicho que alguien la vigilaría.

¿Dónde estaba el hombre que debía vigilarla? ¿Dónde?

Se dirigió al teléfono y marcó el número de la policía. Esperaba que su patrona no se despertase y la viese telefoneando a aquella hora. No le gustaba y se lo tenía prohibido.

Ashton se puso al teléfono.

Sollozando, le explicó lo que había ocurrido.

—¿Pudo ver la matrícula del coche?

—¡Claro que no! Cuando a usted le disparan y luego quieren atropellarlo, ¿acostumbra a mirar las matrículas?

—No se mueva de ahí. Enciérrese en su cuarto y espere a que lleguemos.

Lo hicieron en pocos minutos. Ashton ascendió la escalera y llegó a la habitación. Ella abrió.

Y se encontró en los brazos del policía de narcóticos, llorando inconsolablemente.

Ashton procuró calmarla.

—Vamos, vamos, ya ha pasado todo.

Ella se separó, y Ashton pensó que no le habría importado que continuase llorando sobre la pechera de su camisa. No era nada desagradable el contacto de aquel cuerpo perfecto contra el suyo.

Pero no se lo dijo. En su lugar, le tendió un pañuelo.

—Bueno, ¿se encuentra mejor?

—Un poco. Pero... ¿es que «tienen» que matarme?

—Explíqueme lo que ha hecho antes.

—Pues... *monsieur Jules quiso despedirme y...*

Se llevó la mano a la boca.

—Y le dije que le había oído a él y al *maître del «Splendid»*.

Ashton frunció las cejas.

—¿Eso hizo? Pero... ¿está usted loca...? Bueno, cálmese, no empecemos de nuevo. A no ser que quiera llorar otra vez en mis solapas.

—¿Le ha molestado?

—No. Ha sido muy agradable.

Ella lo miró indecisa.

—¿No se está burlando de mí?

—Por supuesto que no.

—Yo...

—Veamos, *miss Hackett Diamond*. Vamos a ver. ¿Cómo lo tomó el *maître*?

—Pues... se asustó mucho.

—¿Quiere acostarse?

—¿Qué haría usted después de tantas horas en aquel maldito guardarropa?

—¿Puede usted venir conmigo?

—Pero... ¿adónde?

—Usted dejó al *maître en el «Mogambo»*, ¿no? ¿Acostumbra a quedarse después de que se han ido todos los empleados?

—Algunas veces.

—Venga conmigo.

—¿Adónde?

—Al «Mogambo». Quiero hablar con ese hombre.

—Pero... ¿para qué?

—Deje ya de hacer preguntas, maldición. Venga.

La cogió del brazo.

—Después de todo, no quiero dejarla sola aquí tras ese atentado.

—¡Usted prometió hacerme vigilar!

—No creí que ocurriese nada esta noche, pero usted... usted los ha asustado.

—Si sólo hablé con Jules...

—No importa. Usted los ha soliviantado y a estas horas quieren matarla, no asustarla solamente. Estará segura conmigo.

La guió hasta la calle y entraron en el automóvil.

El «Mogambo» estaba a oscuras. La joven lo guió hasta la entrada del servicio.

—Debe haber un sereno nocturno dentro. Lo hay siempre.

El sereno nocturno les abrió.

—No pueden pasar y usted debía saberlo bien, Diamond —dijo.

Ashton le mostró la placa y el hombre, a regañadientes, los dejó pasar.

—¿A quién desean ustedes ver?

—¿Se ha marchado *monsieur Jules*? —preguntó Ashton.

—No lo he visto salir.

—¿Queda alguien más?

—No.

—Vamos, indíqueme dónde está su despacho.

Llegaron ante la puerta. Cuando Ashton llamó, nadie respondió.

Aplicó a ella el hombro y la cerradura saltó. El despacho estaba sumido en la oscuridad.

—Aquí —dijo Diamond.

Alcanzó la palanca de la luz y la dio. Nada. La habitación continuó a oscuras.

—¿No tiene usted una linterna? —preguntó Ashton al portero.

—Sí, esperen un poco.

Esperaron. Diamond sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Había algo, una presencia... algo que no debía estar, en aquella pequeña habitación cerrada... Olía a algo raro.

—Calma —dijo Ashton en voz baja—. Ya lo he notado.

El portero llegó con la linterna. Ashton se la cogió y...

Monsieur Jules no volvería a perseguir a ninguna chica. Ni a nadie. Porque alguien le había clavado un cuchillo en la nuca. Estaba sentado en su sillón, con los ojos muy abiertos y una mueca extraña en los labios.

Diamond abrió la boca para lanzar un alarido...

Ashton le puso una mano sobre los labios y apretó fuertemente.

—Calle, por Dios. Domínese.

Anduvo hasta la mesa y, siempre con la linterna en la mano, tocó la bombilla de la lámpara. La luz se hizo en el cuarto. Alguien, probablemente el asesino, se había limitado a aflojar la bombilla.

Ashton cogió el teléfono.

—Encienda todas las luces —ordenó al vigilante nocturno—. Y mire si hay alguien en el club. Pero... ¿tiene usted un arma?

El hombre parecía al borde del síncope.

—La... la tengo.

—Pues llévela en la mano. No permita que nadie se le acerque. ¿Cómo diablos es que usted no entró en este despacho cuando todos se marcharon?

—Porque... porque *monsieur Jules tiene terminantemente prohibido que nadie lo moleste cuando está en él.*

Ashton estaba marcando un número.

—¿Capitán? Venga enseguida con un equipo técnico al «Mogambo». Alguien ha liquidado al *maître*. *Sí, probablemente. No, miss Hackett está aquí conmigo. Ya lo explicare. Ahora dese prisa.*

Colgó.

Se quedó mirando a la muchacha.

—¿Yo... tengo la culpa? Quiero decir, de esto... de esto...

—No lo sé. Pero probablemente lo que usted le dijo... Bueno, quizá él habló con quién consideraba sospechoso y éste lo mató.

—Pero...

Diamond cogió su bolso y buscó en él un pañuelo. En su lugar, sacó una cartulina blanca. La miró como si no la viera bien y volvió a echarla dentro.

—Yo...

Cogió el pañuelo y se limpió. Luego, sus ojos se abrieron mucho.

—Pero...

Sacó de nuevo la cartulina. La volvió para ambos lados y se la tendió a Ashton.

—Lo crea o no, pero esto es lo que había en el sombrero de... del hombre al que mataron ante el «Póker Club».

—¡Qué!

Había sido un verdadero alarido.

Ashton cogió la cartulina y la miró por ambos lados, como había hecho Diamond.

—Pero... está en blanco...

Luego la soltó encima de la mesa.

—¡Santo Dios! Y todo este tiempo la ha tenido usted en el bolso. ¿Cómo diablos ha podido ocurrir eso? ¿Por qué no nos la dio antes?

—Porque... porque lo olvidé. Lo olvidé por completo. Yo... yo...

—¡No irá a desmayarse!

Pero esto exactamente es lo que hizo Diamond. Se apoyó en la mesa y sus ojos se cerraron. Ashton llegó a tiempo de sujetarla para que no cayera al suelo.

Y así los encontró el capitán cuando llegó con sus hombres. Lo hicieron sin algazara, como les había pedido Ashton. Así que casi nadie se enteró de que algo había ocurrido en el «Mogambo».

El capitán observó el cadáver del *maître*.

—¿Por qué diablos lo habrán matado? ¿Formaría parte del Sindicato y le habrán ajustado las cuentas por algo que...?

Ashton sacudió la cabeza.

—Probablemente, no. Pero recibió algún dinero de ellos.

Los técnicos estaban tomando fotografías y buscando huellas y pistas.

—Aquí no tenemos nada que hacer —dijo Ashton—. Vamos.

El médico que había venido con los policías había dado a oler algo en un frasco a la muchacha y ésta volvió en sí. Había sido sólo un pasajero desmayo, un deslumbramiento.

—Me encuentro bien ya —dijo.

—De todas formas, aquí no hacemos nada —repitió el agente de narcóticos—. Vamos afuera.

La sostuvo hasta que llegaron a su auto.

—Y ahora repítame exactamente lo que le dijo a Jules.

Ella obedeció, procurando recordar las palabras.

Cuando terminó, Ashton dijo:

—Así que él prometió dejarle en el empleo con tal de que no le traicionase. Bueno, esa parte es comprensible, pero... ¿por qué lo mataron?

La joven no contestó. El capitán de policía salía en ese instante.

—¿Van a la División?

—Sí.

—Bueno, me reuniré allí con ustedes.

Ashton guió hasta el edificio de la policía. Una vez en el despacho del capitán, sacó de nuevo la cartulina.

—¿Creía usted que la había olvidado, Diamond? No. Pero estoy tratando de saber qué diablos quiso decirnos Blackwell con un trozo de cartulina en blanco.

La miró por todos lados.

—Completamente en blanco.

Pensativo, la dejó sobre la mesa.

—Veamos. Blackwell era un hombre muy listo, uno de mis mejores agentes. No hubiera hecho una cosa tonta de ninguna de las maneras.

Fumó durante un momento.

—¿Seguro que es esto lo que había en el sombrero, Diamond?

—Completamente seguro.

—Así que si dejó la cartulina fue porque contenía algo que podía darnos una pista. Pero En fin, la vamos a enviar al laboratorio para que la investiguen a conciencia. Esperaremos que llegue el capitán, y si en Las Vegas no hay laboratorio apropiado, la enviaremos a Washington o a San Francisco. Allí descubrirán si es que Blackwell dejó en ella un mensaje secreto.

Y entonces, la joven dijo algo que obligó al agente a levantar la cabeza y mirarla asombrado.

—Míster Ashton...

—Mi nombre es Zachary, Diamond. Usted ha llorado sobre mis solapas. Puede llamarme por él.

—Zach... míster Blackwell no creo que tuviese mucho tiempo para preparar mensajes secretos complicados, ¿verdad?

—Pues... Tiene usted razón, Diamond.

Dio un puñetazo en la mesa.

—Cualquiera de nosotros, agentes de narcóticos, está preparado con un buen montón de recursos para escribir un mensaje en clave, pero... siempre usando una clave. Y no hay ninguna que se escriba sobre un papel que luego quede absolutamente en blanco, a no ser tintas simpáticas, y ése es un recurso de aficionados que Blackwell no hubiera utilizado.

Hizo una pausa. La joven:

—Hay uno... Bueno, yo no entiendo gran cosa de esos asuntos, pero hay uno que...

Ashton la miraba como si tuviera ante sí un insecto de nueva especie.

—Llámeme burro, Diamond.

—Pero...

—Llámemelo, No voy a protestar por ello.

—¿Por qué?

—¡Huellas, Diamond! ¡Huellas dactilares! ¡Y nosotros manoseándola hasta caérsenos los dedos! ¡Jesucristo!

Miró a la cartulina.

—Sí, Diamond, tenía usted razón. Huellas dactilares. Blackwell consiguió las huellas dactilares de alguien.

Cogió el teléfono.

—Deme el número del «Mogambo».

Diamond se lo dio. Un momento después una voz de hombre llegó hasta él.

—Dígale al capitán que míster Ashton lo espera en la División. Que venga inmediatamente.

Colgó el teléfono.

—Será cuestión de poco tiempo, Diamond. Y ahora, pequeña, voy a pedir un poco de café para los dos. Creo que nos lo hemos ganado.

CAPÍTULO IX

El capitán se quedó mirando la cartulina.

—Ahora mismo —dijo al acabar Ashton—, la voy a enviar al laboratorio para que me digan si hay huellas en ella.

—Un momento, Diamond, ¿quién tocó esto?

—Pues... yo.

—¿Nadie más, seguro?

—Seguro.

—Bueno, entonces, usted, Blackwell, naturalmente, a no ser que tuviera guantes. Pero eso no importa. Conocemos las huellas de Blackwell. Y yo, claro, me sé de memoria las mías. Así que, capitán, pida que le hagan ampliaciones de las huellas que tenga el papel. Yo voy a pedir a San Francisco que me envíen una copia de las de Blackwell. Lo harán por teletipo y podemos tenerlas aquí dentro de una hora.

El capitán llamó a uno de sus subordinados.

—Coja esa cartulina por los bordes y llévela a Maxie. Que busque huellas dactilares en ella y que consiga buenas copias de todos los juegos que encuentre.

El policía partió.

—Y ahora, capitán, consígase una lista de todos los que trabajan en el «Mogambo», desde el dueño hasta el último de los limpiadores.

—Había una lista en el despacho del *maître*. Voy a hacer que me la traigan. Si miss Hackett quiere ayudarnos...

—No conozco a todos, ni mucho menos, capitán.

—¿Quién puede conocerlos?

—Mister Lymell, el jefe de servicios, y *monsieur Jules*, pero puesto que éste... —Tragó saliva—, ha muerto, no sé...

—Buscaremos a Lymell. ¿Dónde vive?

—No lo sé.

El capitán cogió el teléfono y llamó al «Mogambo». Aún quedaban allí algunos técnicos y varios policías.

—Consígame una lista completa de todos los que trabajan en el «Mogambo». Miren todos los papeles que había en el despacho del muerto y tráiganlos.

Se volvió hacia Ashton.

—¿Qué más podemos hacer?

—Nada por el momento. ¿Se sabe algo del rancho donde tuvieron a *miss* Hackett?

El capitán miró los informes que había sobre su mesa.

—Nada. Hasta mañana seguramente, no sabremos alguna cosa.

—En ese caso... Esperar.

El teletipo envió las huellas del agente Blackwell antes que el técnico del laboratorio de policía de Las Vegas, hubiera acabado. En realidad, como le explicó Ashton al capitán, todos los agentes de narcóticos estaban virtualmente sobre las armas, soliviantados por la muerte de uno de sus compañeros.

Ashton las examinó atentamente, hasta casi grabárselas en la memoria.

Mientras lo hacía, los policías que habían quedado en el «Mogambo», volvieron.

—Hemos encontrado el *rol* de personal. Al parecer, aquí están todos.

—El camarero de noche está complicado —dijo Ashton—. ¿Quién es?

—Un tal Gelatti —repuso el capitán mirando la lista.

—Prepare una redada de tamaño monstruoso, capitán. Tengo que traerlos aquí a todos al mismo tiempo, para evitar que alguno pueda dar el soplo a otros.

El capitán cogió el teléfono y comenzó a dar órdenes a toda velocidad. Coches-patrullas, policías de paisano y de uniforme, fueron sacados de sus camas o de los cuarteles de espera, de las comisarías y se prepararon. En ese momento llegó el informe del laboratorio.

Ashton se precipitó sobre él como un halcón. El informe era el siguiente:

Había cuatro juegos de huellas, algunas de ellas borrosas. Uno de los juegos pertenecía a una mujer.

El capitán sacó un tampón de su mesa y cogió las manos de Diamond.

—Un momento nada más —dijo excitado—. Voy a tomar sus huellas.

Las sacó y las comparó con la fotografía del laboratorio. Coincidían.

—Las tuyas —anunció satisfecho.

—Éstas son mías —dijo Ashton señalando un juego.

—Y éstas —dijo el técnico policíaco—, de míster Blackwell.

—Luego quedan... éstas.

Allí estaban. Un juego que no pertenecía a ninguno de ellos. Un índice y un pulgar, según señalaba el informe. Bien marcado el pulgar y ligeramente ladeado en del índice.

—¿Qué opina usted de eso? —preguntó Ashton al técnico.

—Muy sencillo. El poseedor de esas huellas dactilares cogió la tarjeta de esta forma...

Tomó un papel de encima de la mesa del capitán y lo enseñó.

—Así.

—¿Para qué cree usted que...? —comenzó el capitán. Ashton tenía los ojos brillantes.

—Ya les dije que Blackwell era uno de nuestros mejores agentes. Si él hizo que alguien cogiera esa tarjeta y la guardó luego es porque sospechaba que las huellas de ese «alguien» serían importantes para nosotros.

—Pero pudo ser algún eslabón de la cadena...

—Blackwell no era ningún tonto, capitán, repito. No se hubiera tomado tantas molestias y... entiéndalo bien, dejándose matar, porque no otra cosa hizo, por las huellas dactilares de un eslabón cualquiera.

Hizo una pausa un poco dramática. Pero la verdad es que estaba tragando saliva.

—No, lo más probable es que esas huellas correspondan a algún pez gordo en la cadena de reparto de las drogas. Así que, capitán...

—Comprendido. El «raid».

Cogió el teléfono y dio la orden. Uno de sus oficiales fue leyendo los nombres que constaban en el *rol* del «Mogambo» e indicando qué coches o qué policías debían ir a buscarlos.

—Ahora... —dijo satisfecho—, a esperar. Los cogerán a todos al

mismo tiempo y a la misma hora, y con el menor ruido posible. ¿Conforme, Ashton?

—Conforme, capitán. Y gracias. La manera como ha colaborado usted se tendrá en cuenta en el Departamento. No lo olvidaremos.

—Bueno, me dan una medalla y en paz.

Pero al decirlo sonreía satisfecho.

—Haremos que pasen a lugares distintos —dijo—. Hay en la lista cerca de cuarenta nombres, incluidos los artistas y los músicos. Afortunadamente, hay bastante sitio en la División. Les tomaremos las huellas tan pronto vayan llegando.

Se volvió hacia la muchacha.

—Bueno, *miss* Hackett, ¿por qué no se va a dormir un rato?

—No me perdería el tercer acto por nada del mundo —respondió la joven—. Eso si ustedes no me... echan.

—No, por cierto. Puede usted quedarse. Ashton, hay una persona en esa lista que me preocupa un poco.

—¿Quién?

—Mister O'Sean. El dueño. Tiene varios *cabarets* y casas de juego. Persona importante en la ciudad.

—No necesitaremos presionarle mucho, capitán. Un hombre que tiene varias casas de juego, no creo que necesite el aditamento de las drogas, pero de todas maneras, si sus huellas son las que están en esa cartulina... Irá a un lugar que no le va a gustar mucho.

—Yo... —dijo Diamond de pronto—, me gustaría hacer una apuesta.

Los dos hombres se volvieron asombrados hacia ella.

—¿Sí?

—Sí. Me apuesto a que sé quién es la persona cuyas huellas están en esa cartulina.

—¿Quién? —preguntaron ambos a la vez.

La muchacha cogió un trozo de papel y escribió un nombre en él. Luego lo mostró a los dos hombres.

—¿Por qué...? —comenzó Ashton.

—Más tarde se lo diré. Pero creo que no me equivoco.

Media hora más tarde comenzaron a llegar los coches. Iban descargando su carga humana y partían de nuevo. Los empleados, los cuidadores, los músicos, los artistas, iban pasando a salas diferentes entre protestas, gritos, maldiciones y amenazas.

—¿Están todos? —preguntó el capitán cuando ya comenzaba a amanecer.

—Sí —respondió el teniente encargado de la redada—. Todos.

—¿Las huellas?

—Sí.

Fue comenzando a dejar tarjetas de filiación encima de la mesa. Cuarenta y cinco en total.

—Usted.

El técnico en huellas se inclinó sobre las tarjetas y comenzó a clasificarlas con mano hábil.

Después del examen preliminar, apartó cinco.

—Uno de éstos es —dijo.

—Vamos, vamos —ordenó el capitán, que tenía los ojos brillantes.

El técnico se tomó un poco de tiempo. Apartó una, luego otra, luego otras dos y por último cogió una y se la tendió al capitán.

—Éstas.

—¿Sin ninguna duda?

—Ninguna. Son las mismas que hay en la tarjeta.

Los dos hombres se inclinaron sobre la ficha y leyeron el nombre. Luego, sincronizadamente, se volvieron hacia la joven.

—Acertó, *miss* Hackett —dijo el capitán.

—Bravo, Diamond, pero... ¿cómo pudo...? —dijo Ashton.

—Muy sencillo —respondió ella con un estremecimiento—. Cuando yo salí del despacho de *monsieur Jules*, *había alguien en la puerta. Ese alguien pudo oír nuestra conversación. Y él mató a monsieur Jules. Fue... una corazonada.*

El nombre que había en la tarjeta era el de Harry T. Lymell, jefe de servicios del «Mogambo».

Eran las ocho y media de la noche cuando el coche de Ashton se detuvo ante la casa.

La joven salió. Iba vestida con un traje de lana suave y llevaba el pelo suelto y cayéndole en limpias ondas sobre los hombros.

Ashton abrió la portezuela y ella entró.

—¿Dónde?

—Oh, hacia algún sitio fresco, por lo que más quiera.

—Bien, hacia las montañas, ¿no?

—Sí, hay en Tecolote un parador muy bonito. Estuve una vez en él y...

—Hacia Tecolote, pues.

Mientras salían de la ciudad, se volvió hacia ella.

—Diamond, ¿no siente curiosidad...?

—Mucha, Zach, pero... espero a que usted me lo cuente.

—Lymell era el jefe. Tenía más de veinte repartidores y ganchos, y el negocio iba bien.

—Un hombre tan amable —dijo ella estremeciéndose—. Aún no lo puedo creer. Sabía que tenía que ser él, pero...

—Conservaba su puesto en el «Mogambo» porque de esa manera, manteniéndose en un nivel de vida modesto, podía seguir pasando inadvertido. Pero su cuenta corriente asciende a casi un millón. Seguramente estaba esperando a completarla para largarse a algún sitio. Bien, el caso es que ha confesado que Blackwell lo descubrió por casualidad. Haciéndose pasar por un drogado de Frisco. Se las ingenió para que Lymell lo recibiera, y Lymell lo hizo en una habitación oscura y con un foco de luz que iba directamente a la cara de Blackwell. Pero éste le dijo que traía una carta de presentación de un vendedor de drogas en Frisco y se la alargó. Es decir, le alargó la tarjeta en blanco, tocada solamente por él. Cuando Lymell la cogió, Blackwell dijo que se había equivocado, que aquélla no era y recogió la tarjeta. Luego le dio la carta, falsificada, claro.

Hizo una pausa.

—Pero Lymell sospechó y cuando Blackwell se marchaba, le hizo seguir. Lo encontraron sus hombres cuando estaba telefoneando a la policía y diciendo algo del guardarropa del «Mogambo». Lo mataron entonces.

Respiró profundamente.

—Y ésa es la historia, Diamond.

—Sí.

No hablaron hasta llegar a Tecolote, en las estribaciones de las Sangres de Cristo. El parador, situado en una terraza, con una vista espléndida sobre el desierto, se ofreció a sus ojos.

Sentados a una mesa, Zach Ashton, mientras esperaba que los sirvieran, ofreció un cigarrillo a su compañera y, cuando le alargaba el encendedor, sujetó la mano de la joven.

—¿Sigue usted pensando en marcharse de Las Vegas, Diamond?

—Sí.

Ella no hizo ademán alguno para soltar la mano.

—¿Adónde quiere ir?

—Pues... hacia el Este... Nueva York, quizá.

—¿Qué le parecería Frisco?

—Pues... ¿Qué hay allí?

—Yo, por ejemplo. La vida de un agente de narcóticos no es muy tranquila, pero tampoco se aburre uno demasiado.

—Y los matan, a veces.

—A veces, sí, pero... eso ocurre en muchas profesiones. ¿Qué me dice?

—Pues... ¿puedo pensarlo unos días?

—Uno solo. He de volver allá.

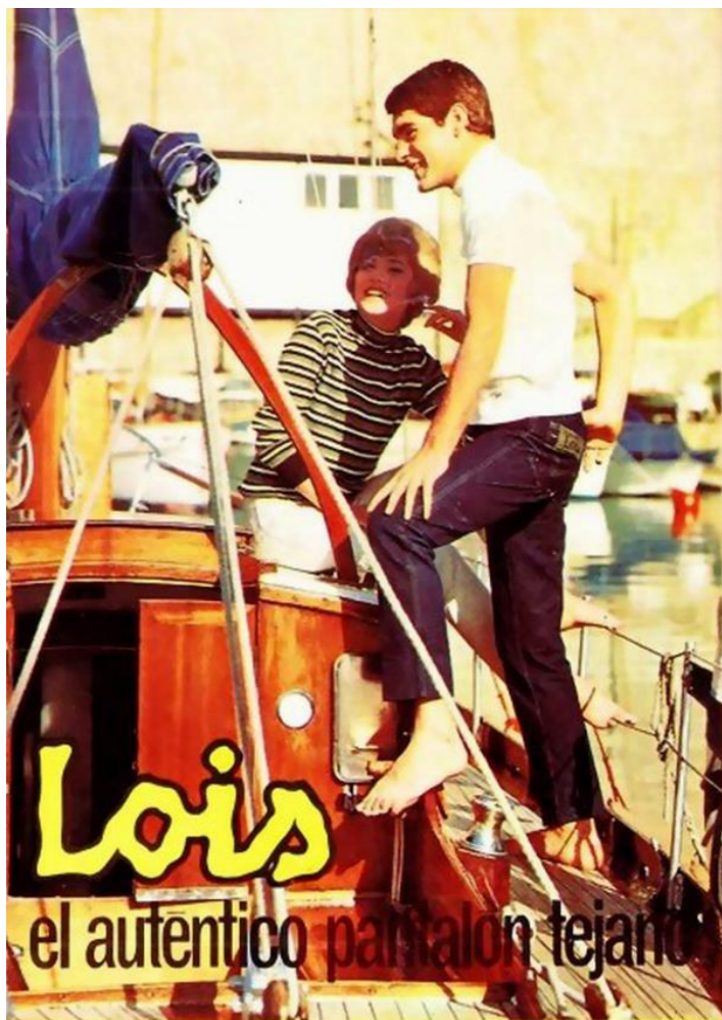
—Bueno, ¿puedo pensarlo un día?

—Sí, puede hacerlo.

Pero cuando atacaron el solomillo, un agente de narcóticos muy alegre, sabía que la respuesta sería afirmativa.

Se lo decían los ojos de la empleada de guardarropa más bonita que había conocido en su vida.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Cimbeles: confidentes. (Nota del Editor). < <

[2] Sindicato del Crimen. (Nota del Editor) < <

[3] Los billetes de veinte dólares llevan la efigie del presidente Jackson. (Nota del Editor). < <

[4] Football americano, se entiende. (Nota del Editor). < <